

JUSTICIAS DE ANTAÑO

Drama en tres actos y en verso

ORIGINAL DE

MARTIN CORONADO

Estrenado en el Teatro de Mayo el 2 de Agosto de 1897,

á beneficio del primer actor D. Mariano Galé.



MANUEL A. RAMELLA, EDITOR

BUENOS AIRES

1897.

JUSTICIAS DE ANTAÑO

Drama en tres actos y en verso

ORIGINAL DE

MARTIN CORONADO

Estrenado en el Teatro de Mayo el 2 de Agosto de 1897,

á beneficio del primer actor D. Mariano Galé.



MANUEL A. RAMELLA, EDITOR

BUENOS AIRES

1897.

PERSONAJES

ACTORES

DON MIGUEL (60 años)	D. MARIANO GALÉ
ANTONIO, su hijo (24 años)	„ ANTONIO GALÉ
DOÑA CÁRMEN (50 años)	D ^a TERESA PEREZ
RITA, hija de doña Carmen (20 años)	„ MATILDE ESPINOSA
GENARO, su hermano (24 años)	D. FAUSTO GUERRERO
DON HERNANDO, Comandante de un buque de guerra (45 años).	„ IGNACIO MONCADA
FIDEL, negro esclavo (30 años).	„ ENRIQUE CRVALLOS
NICASIO, peón de la estancia (25 años).	„ PABLO DIAZ
UN CAPELLÁN, (50 años).	„ FRANCISCO FALCO

Peones de la estancia y marineros del buque de guerra.

*La escena pasa en 1797, en una estancia al Norte de Buenos Aires, sobre el
rio Paraná.*

À Rafael Obligado.

Mi querido Rafael:

He escrito este drama recordando aquellos lejanos y hermosos días de convalescente, que pasé en la «Independencia», la estancia de tus padres, tendida á la márgen del Paraná como una morada patriarcal de los viejos tiempos; y lo he sometido luego á la crítica amiga y alentadora en tu casa, la de los clásicos sábados, que durante mas de veinte años ha sido centro de atracción y hogar cariñoso para todas las manifestaciones del pensamiento en Buenos Aires.

A tí, pues, debe dedicarlo, y lo dedica, tu amigo y compañero.

MARTIN CORONADO.

Buenos Aires, Julio 10 de 1897.



ACTO PRIMERO

Un comedor de estancia. En el muro del fondo, puerta á la derecha y ventana á la izquierda; en medio de ambas, un reloj de pared antiguo. Dos puertas laterales, en primer término: la de la derecha, comunica con las habitaciones de doña Cármen; la de la izquierda, conduce á las de don Miguel, Mesa de comer, con su carpeta. Un aparador á la derecha, sillas, etc. Sobre la mesa, un velón encendido. La ventana y las puertas laterales están cerradas. La puerta del fondo, que dá á un corredor, se halla entreabierta, y por allí se vé de tiempo en tiempo la luz de los relámpagos. Es de noche.

ESCENA I.

RITA — DOÑA CÁRMEN — FIDEL.

(Doña Cármen, sentada en el fondo, cabecéa vencida por el sueño; Rita cose á la luz del velón. Fidel está colocando en el aparador los platos y demás útiles de mesa que han servido para la comida).

RITA Mamá, te duermes.

D^a CÁRMEN *(despertando sobresaltada)* Ay, hija, qué sueño! *(se levanta y mira el reloj).*

Las nueve y media.

Y Genaro sin venir!

RITA Pero, ¿por qué no te acuestas?

D^a CÁRMEN Con esta inquietud, sería inútil; mientras no vuelva...

RITA Cómo ha de venir! Ya véis, con una noche como ésta.— Se habrá quedado á dormir en «Las Tunas».

D^a CÁRMEN *(cavilosa)* No se queda nunca.

- RITA Sí, pero hoy...—Ha sido espantosa la tormenta.—Ha llovido tanto!—Dicen los peones que hay mucha hacienda ahogada, y que está el arroyo que dá miedo.—Vaya, déjate de cavilar; no ha podido pasar, como si lo viera; de otro modo, ya estaría aquí.
- D^a CÁRMEN Hija, estoy inquieta, qué quieres!
- RITA Son aprensiones tuyas, mamá.
- D^a CÁRMEN Dios lo quiera.
- RITA Acuéstate, que ya es tarde para tí.—Yo, con la siesta de hoy, no tengo ni pizca de sueño; y por si viniera Genaro, pierde cuidado, haré que le den la cena. *(se levanta y se acerca á ella)*.
Con que, acuéstate, y descansa; anda, mamá. *(la empuja con cariñosa solicitud hacia la derecha. Un relámpago muy vivo alumbrá la habitación)*.
- D^a CÁRMEN Jesús! *(se cubre los ojos con las manos)*
- RITA *(al negro)* Cierra, por Dios, Fidel.
- FIDEL Ya voy, niña. *(abandona su ocupación y vá á cerrar la puerta del fondo)*.
Está fiero. *(óyese un trueno)*.
- D^a CÁRMEN Cómo truena!
¿Oyes?
- FIDEL Hay cada repángalo que parece que se quema el cielo. *(vuelve á su sitio)*.
- RITA Véte á acostar, mamá.—Como ahora vuelva á llover, será ya en vano esperar.—Anda, no seas porfiada.—Yo, hasta las once voy á coser.
- D^a CÁRMEN *(resignada)*. Como quieras.—
Me recostaré vestida.
- RITA Qué locura!
- D^a CÁRMEN Me despiertas si viene mi hijo, ya sabes.

- RITA Sí, mamá; pero no creas
que ha de venir; no es posible...
Y para mejor, empieza
á llover de nuevo: escucha. (*ambas prestan
atención un momento*).
- D^a CÁRMEN (*suspirando*).
Es verdad: tendré paciencia.
(*Váse por la derecha*).

ESCENA II.

RITA — FIDEL.

- RITA (*vuelve á sentarse, y toma otra vez su cos-
tura. Se queda con ella inmóvil y pensativa, y
luego la abandona*).
Fidel!
- FIDEL Niña! (*se aproxima con respeto*).
- RITA Sí has concluido,
puedes irte.—No te duermas
mañana.—¿Se habrá acostado
don Miguel? (*mirando á la izquierda*).
¿Por qué no entras
á ver? Talvez necesite
algo.
- FIDEL Niña Rita... vea... (*vacilante y temeroso*).
no me animo.—¿Y si se enoja
el patrón?—Cuando comienza
á escribir y á cavilar,
¡Dios nos libre!
- RITA Qué ocurrencia!—
Pero ahora no cavila
ni escribe: si en algo piensa,
será en dormir.
- FIDEL Se equivoca,
niña; no duerme, no crea.
Cuando vine con los platos,
lo ví prendido á la reja
del escritorio.—Tenía
toda la ventana abierta,
y estaba mirando al cielo,
con una cara!

- RITA De veras?
- FIDEL Sí, niña.—Refocilaba, viése! llovían culebras de fuego; y él, nada, firme... ni se movía.—
(*con misterio*). Á la cuenta lo hacía pensar la carta que trajo Nicasio.
- RITA (*con admiración*). ¿Sueñas? ¿ó has bebido?
- FIDEL (*vivamente*). Yo! no, niña; por ésta. (*hace una cruz con los dedos y la besa*).
- RITA ¿Qué carta es esa, entonces? ¿no está Nicasio con mi hermano?
- FIDEL Si estuviera, no estaría en la cocina, como está, diciendo décimas y asando achuras, con unos marineros que hay en tierra, del barco que está en el río; esos dos que, por mas señas, tienen que llevar mañana la carne á bordo.
- RITA ¿Y no piensa venir mi hermano esta noche? Sabiendo que se le espera, ¿no ha mandado decir nada?
- FIDEL Nada, niña, que yo sepa. Como Nicasio es así, quién sabe!—Lo que es cabeza, le hace falta.
- RITA ¿No te ha dicho nada?
- FIDEL (*con rabia*) A mí? Un *sucelencia* como él, no habla con negros como yo.
- RITA Dile que venga.
- FIDEL (*gozoso, corre á abrir la puerta del fondo, y sacando fuera la cabeza, grita desde allí*) Nicasio!
- RITA Por qué no vés allá? talvez no te pueda oír.
- FIDEL Deje, niña Rita...— Nicasio!—... para que aprenda á tener educación, y á rebajar la soberbia.—

- Nicasio! te llama tú ama! (*á voz en cuello*)
 ligerito!—A ver si le entra
 la púa. (*vuelve á la escena*).
 NICASIO (*dentro, gritando también*).
 Está muy obscuró!
 no se oye con la tormenta!
 FIDEL
 Vea, niña, es por decirme
 negro.—Como si él no fuera
 un triste peón... porque es blanco... (*se re-*
tira á un rincón refunfuñando).
 NICASIO (*dentro, llamando con los nudillos de los dedos*).
 ¿Se puede?
 RITA Empuja la puerta.

ESCENA III.

RITA — FIDEL — NICASIO.

- NICASIO (*se quita el sombrero, y se mantiene cerca*
de la puerta).
 Buenas noches le dé Dios.
 RITA Buenas noches.—¿Qué me cuentas
 de Genaro?
 NICASIO Lo dejé
 allá en el puesto.
 RITA ¿No piensa
 venir?
 NICASIO No me dijo nada.
 RITA ¿Y qué carta, ó mala nueva,
 le has traído á don Miguel,
 que dicen que no le deja
 dormir?
 NICASIO (*mirando de reojo á Fidel*).
 Al que come hormigas,
 le debe picar la lengua,
 de juro.
 FIDEL (*desde su rincón*) Cuando preguntan
 los amos, se les contesta;
 ¿sabes?
 NICASIO (*con sorna*) Ya sonó el maíz frito
 en la olla.
 FIDEL No te metas
 conmigo.

ató la carta dichosa
 en un pañuelo de seda,
 y temblándole las manos
 me la dió: «Mira que llevas
 el porvenir y la vida
 de muchos; no te detengas,—
 me dijo;—vete á la estancia,
 monta á caballo, atropella
 todo; busca á don Miguel,
 y de parte mia entrega
 este papel».—No era cosa
 de pensar, ni andar con vueltas,
 y ahí no más monté, y salí,
 y enderecé á media rienda
 para acá, á cumplir la órden...
 Hasta dejé, con la priesa,
 prendido un asao, y el mate
 con la cebadura nueva.

RITA ¿Y don Miguel no te dió
 á entender si era ó no era
 ese papel...?

NICASIO Se lo di
 cuando salió de la mesa
 al patio, á mirar la noche...
 Ni puso atención siquiera;
 se lo guardó en el bolsillo,
 y fué á meterse en su pieza.

RITA Probablemente él sería
 quien lo perdió; mas no deja
 de ser extraño que tanta
 impresión cause la pérdida
 de una carta.

NICASIO Es lo que digo.—
 Y me voy, con su licencia,
 á dormir, porque mañana
 hay que rejuntar la hacienda
 en cuanto aclare, y el viento
 la ha desparramao.

RITA ¿Carnéan
 mañana?

NICASIO Sí, para el barco
 que ha llegao.—Tenga muy buenas
 noches.

RITA Que descanses, hijo.

NICASIO Adios, tiznao. (*á Fidel: luego váse*).

FIDEL

Buena pieza!

ESCENA IV.

RITA — FIDEL.

- RITA El domingo, ¿quién estuvo en el puesto, que pudiera perder?... (*se queda pensando*).
- FIDEL El patrón, y el niño Antonio. (*se acerca otra vez á ella*).
- RITA Es verdad.
- FIDEL Y vea, lo que es Nicasio, la engaña: cuando ése no sabe, inventa, para venir con historias; es muy pícaro.
- RITA (*preocupada*). Dios quiera que no anuncie una desgracia esa carta!—A mi me llena de inquietud lo que me ha dicho de Genaro.
- FIDEL No le crea, es un pícaro.—Nicasio habla porque tiene lengua.—¿Qué suerte tienen algunos!.. Si yo soy el que le lleva ese mensaje al patrón, me pone de vuelta y media; pero á él, nada.
- RITA (*absorta*). ¿Qué habrá?
- FIDEL Así es el mundo.—¿Se acuerda de aquel día, cuando estábamos con el niño Antonio, aquella ocasión, que en la cocina nos leía una gaceta?
- RITA (*sin prestar mucha atención*). Antonio... ¿cuando?
- FIDEL (*enagenado*). Qué cosas decían aquellas letras!—Quién pudiese leer!—Hablaban de borrar con leyes nuevas la esclavitud de los hombres... ¿de mi pobre casta negra, que carga en el lomo todo: trabajos, golpes y penas!
- RITA Pero eso es en Francia... aquí son locura esas ideas.

- FIDEL Yo, niña, negro y esclavo,
tenía la boca abierta
oyendo aquello tan lindo,
y un ñudo aquí... (*designa la garganta*)
¿No se acuerda?
- Usted también escuchaba.
- RITA Sí, creo...
- FIDEL Cuando en la puerta,
de repente, y no sé cómo,
se apareció como fiera
el patrón.—Niña, á mí nadie
me saca de la cabeza
que el niño Antonio, de malo,
sabía que andaba cerca,
y se calló, para hacerme
castigar.
- RITA No, no lo creas;
no es capaz.
- FIDEL Hijo de *trigue*,
dice el refrán... quien lo hereda...
- RITA No es capaz Antonio.
- FIDEL (*con exaltación*). Nunca
se me olvida; aunque no quiera,
me acuerdo siempre.—El patrón
echó al fuego la gaceta;
al niño Antonio le dijo
que le iba á cortar la lengua;
á Nicasio lo retó,
nada mas... y á mí, porque era
(*con hondo sentimiento*).
negro, y esclavo, y humilde,
sin amparo y sin defensa,
me hizo atar y castigar
como si fuera una bestia!
(*con ira reconcentrada*).
Nicasio es blanco y es libre;
yo soy perro con cadena...
Nicasio tiene cuchillo...
(*casi llorando*).
y yo... qué quiere que tenga!
- RITA Olvidate de esas cosas, (*compadecida*).
Fidel; cuando Dios se empeña,
hay que sufrir.
- FIDEL (*con rencor*). Se la guardo
al niño Antonio.
- RITA (*con un suspiro*). En la tierra
nadie es feliz.
- FIDEL (*reaccionando*). Es que, niña

- á veces uno se queja
sin querer.
- RITA Nuestros dolores
basta con que Dios los sepa:
con decirlos no se curan.
- FIDEL Sí, niña; pero eso queda
para usted, que es una santa.
- RITA Santa! (*estremeciéndose: luego brusca-
mente*). No digas simplezas,
y vete á dormir.
- FIDEL ¿No quiere
nada mas?
- RITA No.—Mira, deja
la comida de Genaro
junto al fuego; quizá venga
mas tarde.
- FIDEL Sí, niña. (*se dirige á la puerta del
fondo, y la entrecabre para irse*).
- RITA ¿Llueve
mucho?
- FIDEL (*sacando la cabeza fuera*).
Viése! *diluvía*.
Hoy se van á ahogar los sapos.
- RITA No me dejes esa puerta
sin cerrar.
- FIDEL Hasta mañana,
niña. (*váse y cierra*).
- RITA Santa! si supiera... (*dolorosamente: toma
otra vez la costura y se pone á trabajar*).

ESCENA V.

RITA — ANTONIO.

- ANTONIO (*abre con sigilo la puerta de la izquierda, y
sale de puntillas*).
Rital (*se aproxima á ella*).
- RITA (*se vuelve sorprendida y se levanta*).
Tú, Antonio!
- ANTONIO Yo, sí;
ya lo vés.—¿No me has sentido?—
Iba á entrar, cuando he oído
que el negro hablaba de mí.—

Por cierto que tu Fidel... (*frunciendo el ceño*).
 mucha confianza le has dado;
 y el día menos pensado
 haré un ejemplar con él.

RITA

¿Á qué vienes?

ANTONIO

Pues... á verte. (*se sienta con
 desenfado, y cruza la pierna*).

RITA

Es que ahora... (*temerosa, mirando en derredor*)

ANTONIO

Qué, ¿te extraña?

¿de cuando acá tan huraña?

RITA

Pero... ¿qué quieres? (*se aleja de él*).

ANTONIO

(*tranquilamente*). Quererte.

¿No eres mi vida. mi encanto?

¿Por qué así tan desdenosa?

Que tenga espinas la rosa

está bien, pero no tanto.

RITA

Es que, Antonio, si viniera

mi madre... (*con agitación*).

ANTONIO

Nos hallaría

juntitos.

RITA

Y qué diría?

ANTONIO

Diría lo que quisiera.

Ni con todos sus enojos, (*con intención*).

podrá ya hacer que no exista

nuestro amor, ni que resista

tu voluntad á mis ojos.

Soy tu esclavo y soy tu dueño:

eso está en nuestra conciencia;

querer negar la evidencia

sería inútil empeño.

¿Por qué, pues, no hemos de hablar

á solas, como otras veces?

RITA

(*con súbito arranque*).

Por que nó!—Tú no mereces

que yo te vuelva á mirar.

Los malos y los ingratos

no tienen que hacer aquí.

ANTONIO

(*con desabrimiento*).

Pues, si lo tomas así,

vamos á romper los platos. (*se levanta*).

No he venido, tú comprendes,

á oír quejas.—Tú no estás

para exigir; cuando más,

para rogar... ya me entiendes.

Creí encontrar á tu lado

el amor y la dulzura

de siempre: fué una locura,

ya los vientos han cambiado.

- RITA Para tener el derecho
(*colocándose delante de él*).
de exijirme amor sumiso,
¿qué has hecho?
- ANTONIO Con tu permiso,
me voy. (*quiere marcharse: Rita le detiene*).
- RITA Responde, ¿qué has hecho?
Matarme las ilusiones,
olvidar la fé jurada,
y entregarme desarmada
á todas las tentaciones.
Eso has hecho: me has perdido,
y despues... ¡allá te mueras,
infeliz!—Nunca vinieras, (*con sentimiento*).
para no haberte querido!
- ANTONIO De mí no puedes quejarte;
también te quise, y te quiero
todavía, y mucho... pero,
si das en no conformarte...
- RITA (*escitada primero, luego con amargura*).
Dices que me quieres! Prueba
que es verdad, que no me engañas;
prueba que tienes entrañas
siquiera... que algo te mueva!
si no el amor que me diste
y te pagué con usura,
al menos mi desventura,
mi porvenir, que es tan triste!
(*una pausa: ella le mira con ansiedad esperando
su respuesta; luego continúa cariñosa y humilde*)
Cuando viniste á la estancia
enfermo y descolorido,
en mi corazón dormido
no había mas que ignorancia.
Te tuve lástima al verte;
despues, lástima y cariño;
y te cuidé como á un niño,
sin saber que iba á quererte.
(*con pasión*).
Hasta que perdí la calma,
y conocí con espanto,
que ya te quería tanto
que me llenabas el alma.
Por tí dejé de ser buena,
olvidé madre y deberes...
- ANTONIO Sí, Rita; pero... qué quieres! (*con disgusto*).
- RITA (*suplicante*).
No me hagas morir de pena.

Mira que paso los días
 llorando desesperada;
 que ya me tienen postrada
 tantas luchas y agonías.
 Con el corazón entero,
 como á mi Dios te lo digo:
 si no te casas conmigo,
 me muero, Antonio, me muero!

ANTONIO *(turbado y sin mirarla)*.
 Bien lo sabes: como yo
 pudiera, me casaría;
 pero es que soy todavía
 hijo de familia.

RITA *(con exaltación)*. Nó;
 es que no quieres; que tienes
 el corazón seco y duro;
 es que eres falso y perjuro...
 ¡Y á hablar de cariño vienes!
(fuera de sí).

¡Para que el deber te venza,
 será preciso que infamen
 á tu hijo, y que le llamen
 el hijo de la vergüenza!

ANTONIO ¿Crees que mi padre?...

RITA \ Es honrado,
 y basta.

ANTONIO Con sus ideas
 rancias, no es fácil, no creas...
 RITA Antonio, ¿y lo que has jurado?
(con energía).

No olvides que entre los dos
 hay la fé de un juramento,
 y esos no los lleva el viento,
 porque esos los oye Dios.

(Antonio vá á replicar, y se calla á la vista de Genaro que abre con violencia la puerta del fondo. Genaro viene mojado por la lluvia; trae poncho, botas altas y sombrero de fieltro; colgado de la muñeca, el rebenque; y atravesada en el cinto, una pistola).

 ESCENA VI.

RITA — ANTONIO — GENARO.

ANTONIO Hola! *(procurando disimular)*.

RITA Genaro! *(se aparta de Antonio con rapidez)*.

- GENARO . Qué noche! (*despues de lanzar sobre ellos una rápida ojeada, se quita el poncho y el sombrero, los deja sobre una silla, y se aproxima con aparente calma.*)
Madre, ¿duerme?
- RITA . Sí... recién.
- GENARO Y tú... ¿sola? (*mirandola con fijeza.*)
- RITA (*muy turbada*). Yo...
- GENARO (*friamente*). Está bien: es pregunta, y nó reproche.— Me alegro de hallarte aquí; (*á Antonio*). quería precisamente decirte algo.
- ANTONIO . ¿Es muy urgente?
porque ahora... (*observando el reloj*).
- GENARO . Urgente? sí;
es urgente.—Y al fin, hoy siempre es mejor que mañana.
—¿Por qué no te vas, hermana, á tu cuarto?
- RITA (*vacilante é inquieta*).
Ya me voy.—
Genaro, ¿quieres la cena?
- GENARO . Nó. (*secamente*).
- RITA . ¿Tienes algo? (*con ansiedad*).
- GENARO (*con mucha rudeza*) No tengo nada.
- RITA . Bueno. (*asustada*).
- ANTONIO (*bostezando*). Te prevengo que ya estoy como alma en pena de sueño.
- RITA . ¿Quieres mudarte?
estás empapado.
- GENARO . Nó;
no quiero nada. (*le indica con el ademán que se vaya. Rita obedece y se dirige á la puerta de la derecha; allí se detiene y los observa con temor*)
- ANTONIO (*siempre mirando el reloj*).
Pues yo,
á las diez...
- GENARO (*con firme resolución*).
Tengo que hablarte.
- ANTONIO . Bién, hombre; ¡vaya un empeño!
te haré el gusto, me hablarás; (*se sienta con displicencia*).
pero un rato, nada mas, porque es tarde, y tengo sueño.
- RITA . (Qué habrá, Dios mio?)

GENARO

He venido

cruzando el arroyo á nado...

ANTONIO

Y por qué no te has quedado?

GENARO

(vuelve la vista en derredor para cerciorarse que están solos, y descubre á Rita).¡Todavía no te has ido! *(Con violencia. Rita huye atemorizada, él la sigue, y despues de permanecer un momento en observación en la puerta, vuelve al lado de Antonio, dejándola abierta).*

ESCENA VII.

ANTONIO — GENARO.

GENARO

*(sin alzar la voz, pero con mucha energía).*Ahóra que estamos solos,
frente á frente y sin ambajes
te diré que estoy aquí
por un asunto muy grave;
que he perdido mi caballo;
que he estado á punto de ahogarme;
y que vengo decidido
á no ser mofa de nadie.—*(Antonio, inquieto, hace un movimiento para levantarse, y luego se deja caer de nuevo en su silla y vuelve la cara encojiendose de hombros).*Me has de oír, mal que te pese;
que si vacilé un instante
mi corazón al recuerdo
de lo que debo á tu padre,
no he podido ni encontrar
disculpa á tus liviandades,
ni olvidar que en mi familia
todavía no se sabe
lo que es deshonra.

ANTONIO

(cada vez mas inquieto). ¿Estás loco?

GENARO

(cruzándose de brazos delante de él).

Loco! atrévete á mirarme.

ANTONIO

Sí te entiendo...

GENARO

(estallando). ¿No te grita
la conciencia, que es infame
lo que has hecho? *(Antonio se pone de pié vivamente y retrocede algunos pasos).*

(*con amarga ironía*). No te asustes:
la traición en mí no cabe.

La traición es para aquellos
que se llevan por delante,
gratitud, deber, confianza,
amistad... cuanto hay de grande
en el mundo. La traición
pertenece á los cobardes.

ANTONIO Concluyamos.—¿Qué demonios
me cuentas?—Mira: bastante
hemos hablado: no quiero
oir más. (*dá un paso hácia la izquierda para
retirarse. Genaro, con aire amenazador, le
cierra el camino*).

GENARO De aquí no sales
sin darme lo que en justicia
me debes.

ANTONIO No me amenes!
mira...

GENARO Tienes una deuda,
y es preciso que la pagues

ANTONIO (*con desdeñosa cólera: luego con altanería*).
No tengo armas... tú las tienes:
no es extraño que me mandes.—
Pero al menos, dime pronto
lo que quieres, porque á nadie
se le acusa de un delito
sin la prueba.—Y si entre iguales
de este modo se procede,
¿qué será cuando se trate
del hijo... y del mayordomo,
en la casa de mi padre?

GENARO (*con exaltación*).
Antonio, no me exasperes,
por caridad; no me hables
con esa soberbia loca,
que te pierde y nada vale,
porque ya no hay en la tierra
orgullo que te levante.
Si mi honcr está en tus manos,
tu vida es mía, y en valde
pedirás misericordia

ANTONIO al cielo, como desates
los reucos y las iras
que están hirviendo en mi sangre!
(*con forzada serenidad*).
Estoy indefenso; puedes
sin peligro asesinarme.

GENARO

(desesperado).

Antonio, sé generoso...
si yo no quiero matarte!
Lo que quiero es verte digno
de tí mismo; que repares
como noble y caballero
tu extravío... que te cases,
y me vuelvas á mi hermana
sin rubores criminales.
¿No me vés, que tengo miedo
de que seas implacable?
¿no me vés, que sobre todo
lo que quiero es perdonarte?

*(con un arranque generoso, le tiende los brazos,
y espera con ansiedad. Antonio, con la cabeza
baja, calla, y esquivo su mirada)*

Mi madre te dió su seno
cuando quedaste sin madre;
mi padre sirvió á los tuyos
con el brazo y con la sangre,
y por defender tu hacienda
contra los indios salvajes,
dejó una viuda y dos huérfanos
para que Dios los cuidase.—
Por última vez, Antonio,
¿quieres ser mi hermano?

ANTONIO

(con frialdad).

Fácil

es acusar á cualquiera
del modo que tú lo haces;
pero debes comprender
que estás hablando en el aire;
y que conmigo...

GENARO

(exasperado).

Ya veo

que á malvados de tu clase,
no hay crimen que los arredre,
ni infamia que los espante;
*(avanza hácia él amenazador y resuelto, y mien-
tras habla, Antonio vá retrocediendo paso á paso
hasta colocarse junto á la puerta del fondo).*
pero para hacer justicia
basto yo, y vas á jurarme
que volverás á los míos
el honor que les robaste,
si no quieres que estas manos
vayan ciegas á buscarte
el corazón en el pecho
y el rubor en el semblante.

- ANTONIO Si estás loco, tu locura
no es razón para que faltes
al respeto que me debes;
entiéndelo.—Y no es con frases
de efecto, que has de pedirme
justicia contra desmanes,
que si otros han cometido,
no es justo que yo los pague.
(abre la puerta del fondo).
- GENARO *(trémulo de ira).*
¿Es tu respuesta... la última?
- ANTONIO La última; ya lo sabes.
- GENARO Te creí un hombre de bien...
¡no eres más que un miserable!
(levanta sobre él el brazo armado del rebenque).
- ANTONIO Haz la prueba! *(se yergue altanero ante la amenaza. Genaro, dominado por el respeto, vacila, y concluye por bajar el brazo).*
- GENARO *(con desesperación).* Antonio! Antonio!
ten caridad; no me arrastres
al último extremo!
- ANTONIO Ahora,
si quieres, puedes matarme
por la espalda.—Yo me voy
á dormir. *(váse por el fondo).*
- GENARO ¡Que Dios nos salve
á ti y á mí!—Ya no puedo...
ya no quiero perdonarte! *(se lanza tras él fuera de sí, cerrando la puerta con estrépito. La escena queda sola un momento).*

 ESCENA VIII.

DOÑA CÁRMEN — RITA

- D^a CÁRMEN *(sale la primera por la derecha y observa la escena).*
Pobre mi hijo!—¿Dónde está?—
¿No decías?
- RITA Aquí estaban
ahora... *(muy inquieta buscando en derredor).*
Sin duda acaban
de salir... Mira, mamá. *(le indica las prendas dejadas por Genaro).*

- Allí ha dejado el sombrero
y el poncho.
- D^a CÁRMEN Pues qué ¿se ha ido
en cabeza?—Y ha tenido
valor, con este aguacero!
- RITA *(entreabre la ventana y se asoma)*.
Llueve poco. *(un relámpago la hace retroceder
deslumbrada)*.
- D^a CÁRMEN *(cubriéndose los ojos)*.
Todavía,
ya ves... *(óyese un trueno)*.
Jesús nos ampare!—
Y que mi hijo no repare...—
Llama á tu hermano, hija mía.
- RITA *(vuelve á la ventana y llama)*.
Genaro!
- D^a CÁRMEN ¿No te responde?
- RITA No, mamá.
- D^a CÁRMEN ¿No se vé nada?
- RITA La cocina está cerrada.—
Genaro! *(pausa)*.
Yo no sé donde...
pero alguien habla... no puedo
desde aquí... Junto al portón...
parece una discusión...
(se retira toda trémula de la ventana).
Mamá mía, tengo miedo!
(se acerca y se estrecha contra ella).
- D^a CÁRMEN Miedo! ¿de qué?
- RITA De algo horrible,
mamá; de algo que me espanta.
- D^a CÁRMEN *(asustada)*.
Rita, por la Virgen santa,
qué dices?
- RITA Nó... no es posible...
Dios no ha de querer... sería
eterna mi desventura...
¡qué horror!
- D^a CÁRMEN Pero, criatura,
¿qué te pasa?
- RITA *(con terror)*. Mamá mía!
Genaro tiene armas... puede
matar á Antonio.
- D^a CÁRMEN *(con un grito)*. Quién? mi hijo! *(corre de-
salada á la ventana)*.
- RITA Perdón, mamá, si te aflijo.
- D^a CÁRMEN Mi Genaro! *(observa con ansiedad)*.
- RITA Y si sucede...
(se deja caer de rodillas).

No merezco ni besar
donde pisas...—No me quieras...
soy indigna... si supieras!

D^a CÁRMEN Hija, me has hecho temblar.

(*ya mas tranquila*).

Por mas que escucho y que miro,
no oigo nada, ni se vé
nada. (*mira siempre al exterior. De pronto
brilla un relampago, y en seguida estalla el
trueno. Dona Cármen retrocede aterrada, y
junta las manos*).

¡Virgen de mi fé,
sálvame del rayo! (*suenan á lo lejos un tiro.
Rita, á quien también ha aterrado el trueno,
se pone de pié de un salto y vá á abrazarse de
su madre*).

RITA Un tiro!—

¿Has oído? Un tiro!... es él,
que ha muerto á Antonio!

D^a CÁRMEN No, Rita,

es el trueno.

RITA (*desesperada*). Estoy maldita!—

¿Por qué Dios es tan crúel?

D^a CÁRMEN Pero, hija...

RITA (*llorando*). ¿No has oído?
le ha muerto... ¡desgracia horrenda!
¡y que aún no me comprenda
mi madre!

UNA VOZ (*dentro*) ¿Por donde ha sido?

OTRA VOZ Por allá. (*dentro también: óyense pasos preci-
pitados*).

RITA (*escuchando*). Corren... —Ya todo
se acabó. (*con doloroso desaliento*).

D^a CÁRMEN (*estrechándola en sus brazos con angustia*).

Rita!—Ay! Dios mío!

RITA No te oirá! (*con desesperación*).

D^a CÁRMEN Qué desvarío!

ESCENA IX.

DOÑA CARMEN — RITA — DON MIGUEL.

D. MIGUEL (*empuja de súbito la puerta de la izquierda,
avanza hácia ellas demudado y trémulo, y se
cruza de brazos delante de Rita*).
¡Hablas de Dios de ese modo!

- D^a CÁRMEN Señor... (*con profundo respeto*).
- RITA (*con rapidez*) Mamá, por favor,
no le digas. (*corre á la ventana y la cierra*).
- D. MIGUEL ¿Qué ha pasado?
vamos á ver.
- D^a CÁRMEN Me ha asustado
esta muchacha, señor.
- D. MIGUEL ¿Y es razón para que así (*ceñudo*).
blasfemeis?—Mas os valiera
bajar la frente altanera,
y humillarla al que está allí. (*les señala el
cielo*).
- D^a CÁRMEN Son locuras... dice cosas...
yo no sé que es lo que tiene,
señor don Miguel; sostiene...
- RITA (*se lanza sobre ella para impedirle hablar*).
Mamá!
- D. MIGUEL (*á Rita*) Desgraciada! ¡y osas
dudar de Dios!
- D^a CÁRMEN Hasta llega
á asegurar que Genaro...
- RITA Mamá!
- D^a CÁRMEN Mi hijo, nuestro amparo.
tan bueno!...
- RITA (*desesperada*) Pero estás ciega?
Es el padre... no le digas...
Dáale tiempo... que se aleje
y se salve... aunque nos deje
para siempre, y me maldigas!...
- D^a CÁRMEN Lo vé usted! (*á don Miguel, con honda pena*).
Mi hija está enferma...
tiene fiebre... un arrebato; (*acariciándola*).
quizás descansando un rato...
- D. MIGUEL Sí.. que se vaya; que duerma. (*casi maqui-
nalmente, y escuchando con ansiedad los ru-
mores del exterior*).
- RITA Nó! (*con resolución*).
- D. MIGUEL (*de pronto y con imperio*).
Retirensen de aquí
las dos!
- D^a CÁRMEN Señor... (*con humildad*).
- RITA Yo no puedo...
- D. MIGUEL Por tu madre!
- RITA Nó! me quedo...
- D^a CÁRMEN Hija mía, hazlo por mí.
- RITA Pero entonces...
- D. MIGUEL Pronto! vamos! (*las empuja
hácia la derecha, con violencia: ellas obedecen al*

- fin y empiezan á retirarse. Oyense dentro voces y pasos).*
- RITA Viene gente! (*volviéndose inquieta*).
- D. MIGUEL Vete!
- D^a CÁRMEN Rita,
niña, obedece. (*Nicasio empuja la puerta del fondo, y sale azorado. Al ver á don Miguel, se quita el sombrero con profundo respeto*).
- RITA Ay, mamita! (*echándose en brazos de doña Carmen con desconsuelo*).

ESCENA X.

DOÑA CÁRMEN — RITA — DON MIGUEL — NICASIO

- NICASIO Patrón... viera en lo que andamos!
Una desgracia terrible...
- D. MIGUEL Calla! (*señalándole las dos mujeres*).
- D^a CÁRMEN Una desgracia! ¿dónde?
¿aquí? (*se acerca aflijida*).
- RITA (*á Nicasio*) No digas!
- D^a CÁRMEN Responde...
¿què desgracia?... es imposible...
- D. MIGUEL Cállate!
- NICASIO No está en mi mano
callar... perdone, patrón;
se trata en esta ocasión
de socorrer á un cristiano.
- D^a CÁRMEN Cómo! ¿quién?
- NICASIO (*á don Miguel, sin atenderla*).
Aquí, en el pecho,
tiene el balazo. (*señala en su cuerpo*).
- D^a CÁRMEN ¿Quién? ¿quién?
- NICASIO Y ahí lo traen, á que le den
auxilio. (*se vuelve á la puerta y observa*).
- D. MIGUEL Le traen! (*con un estremecimiento*).
- RITA (*á Nicasio*). ¿Qué has hecho?
- D. MIGUEL (*á Rita, con energia*).
Dios oye siempre!—Jamás
lo olvides.
- RITA (*poniéndose de rodillas*).
Señor, perdón!

D. MIGUEL Pídele á Él compasión:
yo soy juez, y nada más.
(Dos marineros penetran por el fondo conduciendo en brazos al herido, á quien han cubierto con una manta para resguardarle de la lluvia, y que colocan cuidadosamente en una silla que Nicasio les acerca).

ESCENA XI.

DOÑA CÁRMEN — RITA — DON MIGUEL — NICASIO — GENARO
Dos Marineros.

RITA *(siempre de rodillas, con las manos juntas).*
Virgen mía, dále amparo!—
Que él se salve y muera yo!—
Es por mí que le mató: *(á don Miguel).*
perdón, señor!

D^a CÁRMEN *(que ha estado observando la escena con angustia y ha ido acercándose paso á paso al herido, se lanza de pronto hácia él, le arranca la manta, y arroja un grito de dolor al reconocerle)*
Mi Genaro! *(se desploma ante él de rodillas, y le acaricia llorando).*

RITA Genaro! *(con espanto, lanzándose también hácia el herido).*

GENARO *(con voz débil).*
Madre... es mi estrella.

D^a CÁRMEN ¿Quién te ha herido?

GENARO *(con apresuramiento).* Yo... yo fui...

D^a CÁRMEN Y por qué, mi hijo?

GENARO *(incorporándose con esfuerzo y con la mirada fija en don Miguel).* Yo... sí...
porque se case con ella!
(Vencido por el esfuerzo, deja caer la cabeza y se desmaya. Las dos mujeres le rodean sollozando. Don Miguel, cruzado de brazos, alza los ojos al cielo con desesperación).



ACTO SEGUNDO

El escritorio de don Miguel en la estancia. Una puerta á la izquierda, que comunica con las habitaciones de éste. Dos puertas á la derecha, de las cuales la que se halla en primer término conduce al comedor del acto primero y á las habitaciones de doña Cármen; y la que se halla en segundo término pone la escena en comunicaci6n con el exterior. Al fondo, ventana grande con reja, que está completamente abierta. Por ella se vé á la distancia el monte que cubre la costa del Paraná. Sobre el monte se destacan los mástiles de un buque de guerra con bandera española. Mesa de escribir, cubierta de papeles y espedientes. Un estante con libros, y sobre el estante, un Cristo de bulto.

ESCENA I.

FIDEL — NICASIO.

(El primero está de pié, cruzado de brazos delante de la puerta de la izquierda, que se encuentra cerrada. El segundo sale por la derecha, segundo término).

NICASIO Oiga! Fidel por acá... con razón me parecía obscura la pieza.—Vaya, á ver si me dás noticias del patrón: tengo que hablar con él.—¿No está? *(Fidel le mira de reojo, y se vuelve sin responder)*. ¿Por qué miras arvesao, y no sueltas de una vez esa ladina que Dios te dió?—Vaya un mudo! pues lo que es lengua... ¿Te pica de tanto hablar, ó la tienes guardada para morcilla?

FIDEL No sé; me han puesto á cuidar aquí, y aquí estoy. *(con malos modos)*.

- NICASIO Y cuidas,
¿á quién? al patrón?—Cuidando
las ollas en la cocina,
estarias mejor.
- FIDEL (*dándose importancia*).
Eso...
él sabe de quién se fía.
- NICASIO Pero está ó no está el patrón?
FIDEL Sí está; pero eso no quita
que te vuelvas por la puerta
que has venido.—Lleva miras
de atenderte!—Se ha encerrado
con el capellán...—Por linda
cara habías de meterte
adentro, cuando hay visitas!—
Y no me hagas hablar más,
que no quiero. (*le vuelve otra vez la espalda*).
- NICASIO (*socarronamente*). Hombre, sería
pedir mucho.—Para mudo,
has hecho bastante, digan
lo que quieran.—Pero el caso
es que ván á hacer dos días
que ando atrás de don Antonio
como bola sin manija,
porque me mandó el patrón
á buscarlo; y le venía
á avisar...
- FIDEL Alguna embrolla
de las tuyas, á la fija.—
Tendrás que esperar sentado.
- NICASIO Pues me siento aquí. (*lo hace*).
- FIDEL (*escandalizado*). ¡En las sillas
del patrón!
- NICASIO ¿Y en dónde, entonces?
FIDEL Es atrevimiento!
NICASIO Envidia
le llaman al no poder
en la tierra de Mandinga.
- FIDEL Ya verás cómo te saca,
si sale.
- NICASIO (*acomodándose en la silla*).
Con que, decías
que está el padre capellán?
Serán cosas de justicia.
- FIDEL No sé nada; no te importa.
- NICASIO Porque lo que es la visita
del padre... Como no venga
á decirle algunas misas

al pobre que está penando
 á la fecha en la otra vida.
 Dicen que es pecao tan fiero
 el matarse... Ave Maria!
 lo que hace un hombre ofuscao!
 y mas teniendo familia.

FIDEL

(*con disgusto*).

No digas barbaridades,
 Nicasio. Anima bendita!—

Que no has de dejar en paz
 ni á los muertos! (*se persigna*).

NICASIO

No te aflijas,

no se te ha de aparecer;
 primero, porque es de día,
 y despues...—Hombre, á propósito,

¿qué te pasa, que cavilas
 tanto desde la desgracia

del finao?—Todos se fijan

en que andas como *juyendo*

de la gente, y no te animas

á soltar la lengua, y tienes

el cuero color ceniza,

que dicen que es en los negros

señal de estar con *tiricia*,

ó andar con miedo.—¿Te asusta

el finao?—*Concencia* limpia

no teme...—¿Le estás debiendo

a'guna cuenta?— (*ábrese la puerta de la derecha y salen el Capellán y don Miguel. Fidel se aparta vivamente, y Nicasio se pone de pié de un salto*).

ESCENA II.

FIDEL — NICASIO — DON MIGUEL — EL CAPELLÁN.

D. MIGUEL

En seguida,

sí, padre: voy á mandar
 por la cruz.

CAPELLÁN

Que el alma viva

para el cielo, es lo que importa,
 y en la cruz está la vida.

Si es como usted me asegura...

D. MIGUEL

Sí, padre, lo juraría.

Desde muy niños los tengo

á mi lado, y á la antigua
se han educado en mi casa
en medio de mi familia.
Siempre fué el pobre muchacho
un buen cristiano; y había
de ofender á Dios así?

CAPELLÁN Pues hágale usted justicia,
don Miguel.

D. MIGUEL Hoy mismo, padre,
dormirá en tierra bendita.

CAPELLÁN Tiene madre y una hermana,
me ha dicho usted. ¿No sería
justo que yo fuera á verlas
y á consolarlas!

D. MIGUEL Yo iba
á pedírselo: las pobres
bastante lo necesitan.
Pero no les diga nada
de lo resuelto; podría
suceder.

CAPELLÁN Seré prudente;
pierda cuidado.

D. MIGUEL Muy dignas
de lástima y de consuelo
son las dos: esas heridas
la religión solamente
puede curarlas un día.
Vaya, padre; haga esa obra
de caridad que le inspira
su buen corazón, y lleve
á esas almas abatidas
el bálsamo de la paz
que ha puesto usted en la mía.—
Fidel, acompaña al padre
Capellán.—Por no afijirlas,
no voy con usted.—No quiero
que renueven á mi vista
recuerdos que son dolores
para todos... ni estaría (*con fiereza*).
bién allí sin dejar antes
la reparación cumplida.

CAPELLÁN Señor don Miguel, entonces
voy un momento.—Me avisa
cuando quiera, y luego hacemos
la ceremonia.—Tú guías,
morenito. (*váse el Capellán por la segunda
puerta de la derecha. Fidel le acompaña.*)

ESCENA III.

DON MIGUEL — NICASIO.

- D. MIGUEL Ven, Nicasio,
acércate.—¿Traes noticias
de Antonio?
- NICASIO Lo hallé en Las Tunas,
sí, señor.
- D. MIGUEL Y allá, ¿qué hacía?
- NICASIO No sé, señor. Cayó al puesto
ayer á la tardecita,
según ña Demetria. Ha andao
de acá para allá estos días,
sin hablar con nadie, triste
y apensionao.—La comida
la dejó toda.—Le ha hecho
impresión, pero muchísima,
la muerte de don Genaro;
y con razón... ¿quién diría?—
Dicen que estuvo buscando
no sé qué cosa perdida,
porque no dijo lo que era...—
¿Quién sabe si no sería
aquel papel que me dió
el finao?—Patas arriba
le ha puesto el cuarto á la pobre
ña Demetria.
- D. MIGUEL (*con rudeza*). En resumidas
cuentas, le has dicho que venga
á casa, que es orden mía?
- NICASIO Sí, señor.
- D. MIGUEL ¿Y viene?
- NICASIO Viene,
sí, señor; yá muy cerquita
debe estar, si no ha llegao
á estas horas.
- D. MIGUEL Muy bien; cuida
de decirle, en cuanto llegue,
que su padre necesita
verle en el acto; que venga
aquí. (*Nicasio quiere irse y le detiene*).
Algo mas todavía.
Tienes que ir con el padre
Capellán hasta la orilla
del río, por una cruz
que me tiene prometida.

Cuidado no se te cáiga
en el camino; sería
una falta de respeto
al Señor.

NICASIO (*con temor*) ¿Está bendita,
patrón?

D. MIGUEL No sé; pero haz cuenta
que lo está.

NICASIO (*titubeando*). Patrón... y diga:
esa cruz ¿para quién es?
¿para el finao?

D. MIGUEL ¿Qué dirías
si lo fuese?

NICASIO A mí me gusta
la idea. Aunque no esté encima
del cuerpo, como la pongan
medio cerca, ya tendría
el finao cómo ampararse...
¿No dicen que al que se arrima
á una cruz, el condenao
le tiene miedo y se achica?
Luego, no le ha de faltar
quién le recc...—Eso no quita
que en ley de Dios tenga el pobre
pena, porque Dios castiga
al que se mata queriendo;
pero quién sabe allá arriba
si no sale perdonao,
cuando la madre lo pida
abrazada de la cruz
y arrastrando las rodillas!—

D. MIGUEL (*severamente*).

La cruz no cubre á los réprobos,
la cruz no ampara al suicida;
sábelo una vez por todas,
y que el saberlo te sirva
de lección.—Y cuando veas
donde vá y á quién cobija
esa que vás á traér,
no olvides que en esta vida,
los hechos mas misteriosos
que nos confunden y abisman,
son decretos que se cumplen
de la voluntad divina.—
Anda, y haz lo que te mando.

NICASIO Sí, señor. (*don Miguel se dirije á la izquierda*).

ESCENA IV.

DON MIGUEL — NICASIO — FIDEL — DON HERNANDO.

FIDEL *(sale por la derecha, segundo término, precediendo á don Hernando).*

¿A quién decía
su merced?

D. HERNANDO Al Comandante
Hernando de Vera.—Mira, *(descubre á don Miguel).*

ya no me haces falta: yo
me basto.—Muy buenos días,
señor don Miguel.

D. MIGUEL *(volviéndose al oírle)* Señor
Comandante... *(le tiende la mano).*

A honra y dicha
tengo el recibirle á usted
en mi casa.—Ya decía... *(le alcanza una silla, y se sientan. Nicasio y Fidel se retiran por la segunda puerta de la derecha, dispu- tando por lo bajo).*

ESCENA V.

DON MIGUEL — DON HERNANDO.

D. HERNANDO Es visita y despedida
la mía, se lo prevengo.

D. MIGUEL Cómo! ¿tan pronto?

D. HERNANDO Sí; vengo
á anunciarle mi partida.

•Será hoy mismo, Dios mediante;
el tiempo de aparejar...

Nos tenemos que marchar,
la órden es terminante.

D. MIGUEL Pero usted me dijo ayer...

D. HERNANDO Es que el marino propone,
don Miguel, y el rey dispone.
No hay peros contra el deber.
Parece que en Santa Elena
prepara una expedición
el inglés; y la afición
que tiene á la tierra agena,

- bién lo pudiera tentar
 en el Río de la Plata...
 Pero aquí está mi fragata,
 y por Dios! le ha de costar!
- D. MIGUEL Se vá usted; mucho lo siento.
- D. HERNANDO Y yo, don Miguel? Qué bién
 estaba aquí!—Yo también
 me marchó con sentimiento.
 Si hay algo que no dá gana
 de soltarle,—y eso brota
 del alma,—es un compatriota
 hallado en tierra lejana.
 Estando en su compañía,
 la pátria nos acompaña...
 Sólo por hablar de España
 con usted, me quedaria.—
 Y luego es tal la atracción
 que ejercen estos parajes,
 tan risueños y salvajes
 á la vez: y el corazón
 ensancha de tal manera
 este río Paraná,
 con sus islas, donde está
 cautiva la primavera,
 que á no ser lo que hay en mí
 de inquietud y amor á España,
 construiría una cabaña
 y echaría el ancla aquí.—
 Vea usted lo que es el mal
 ejemplo: envidia me inspira
 la calma que se respira
 en su casa patriarcal.
- D. MIGUEL (*con tristeza*).
 Y sin embargo, señor
 Comandante, en esta casa,—
 ya sabrá usted lo que pasa,—
 tenemos un gran dolor.
- D. HERNANDO Es verdad, algo he oído
 de un jóven que se ha quitado
 la vida.—Ese es un pecado
 que jamás he comprendido.
 Y aquí, ménos; ni el contagio
 lo podría disculpar...
 Yo no me esplico en el mar
 mas suicidio que el naufragio.
- D. MIGUEL Un suicidio en la apariencia;
 en realidad, no lo sé,
 pero suicidio no fué;
 me lo dice mi conciencia.

No podía el desgraciado
matarse... nó, no podía:
tiene una madre, y creía
en Dios.

D. HERNANDO Me han asegurado...

D. MIGUEL Fué talvez un accidente,
una imprudencia fatal;
¿por qué ha de ser criminal
si puede ser inocente?
En la duda, no es razón
condenarle.

D. HERNANDO Ya lo creo. (*una pausa*).

D. MIGUEL Vea usted, tengo un deseo,
que es como una inspiración.

D. HERNANDO Comprendo: se necesita
saber bien...

D. MIGUEL Le han enterrado
como infiel, desamparado
de la piedad infinita.
Yo quiero, en reparación
de tantas humillaciones,
llevarle cruz y oraciones
en solemne procesión.
Usted me puede ayudar
con sus marinos.

D. HERNANDO Oh! sí.

D. MIGUEL Será el desagravio así
mas público y ejemplar.

D. HERNANDO Parece que usted quería
mucho al muerto.

D. MIGUEL Sí, señor;
era más que un servidor,
un noble amigo. Tenía
esa lealtad heredada
que une al deber el cariño...
Con él, desde que era niño,
tengo una deuda sagrada.
Su padre fué el fundador
de la estancia. En esta inmensa
soledad, sin mas defensa
que su bote y su valor,
para cuidar de lo mío
alzó con su propia mano
el primer rancho cristiano
frente al salvaje bravío.
Los indios le sorprendieron
cuando la grande invasión;
quemaron su habitación;

todos los peones huyeron
y en el monte se ocultaron;
sólo él, para salvar
á todos, quiso pelear:
hizo frente, y le mataron.

D. HERNANDO Es lástima que no hubiera
tropas del rey!—Le prometo,
don Miguel, para su objeto,
diez hombres, cuando usted quiera.

D. MIGUEL Se batió como un soldado,
y vendió cara su vida:
yo conté, por cada herida,
un indio muerto á su lado.
Junto á su rancho caído,
el cadáver del valiente,
crispado el puño impotente
con la rábía del vencido,
guardaba aún, en violenta
actitud, como el que amaga
golpes de muerte, la daga,
rota, mellada y sangrienta.

D. HERNANDO (*poniéndose de pié con entusiasmo*).
Diez hombres le prometía,
don Miguel; muy pocos són:
para hacer la procesión,
le doy una compañía!

ESCENA VI.

DON MIGUEL — DON HERNANDO — NICASIO — luego EL CAPELLÁN.

NICASIO (*Desde la segunda puerta de la derecha*).
Señor, ha venido ya
don Antonio. (*don Miguel se aproxima á Ni-
casio. Don Hernando vá á la ventana y desde
allí contempla su barco*).

D. MIGUEL (*bajo*). ¿Le dijiste?

NICASIO Sí, señor.

D. MIGUEL (*bajo*). ¿Viene muy triste?

D. HERNANDO Hola! el padre por acá! (*El Capellán apa-
rece en el fondo, detrás de la reja. Viene de
la derecha*).

Señor don Miguel, ¿qué es esto?
¿me le quiere usted robar?

- D. MIGUEL Ha venido á consolar
penas y almas.
- D. HERNANDO Se lo presto. (*con jovialidad:
el Capellán se acerca á la ventana y habla
aparte con el Comandante; don Miguel hace
lo mismo con Nicasio*).
- D. MIGUEL ¿Donde está Antonio?
- NICASIO En su cuarto;
acaba de entrar, señor.
- D. HERNANDO ¿Vuelve á bordo, desertor? (*al Capellán*).
espéreme.—No me aparto (*á don Miguel*).
de estos sitios sin tristeza,
señor don Miguel.—Si quedo
por allá, réceme un credo...
y al inglés también le reza.—
Voy á mandarle en seguida
mis hombres.—El padre hará
los honores. (*se dispone á partir*).
- D. MIGUEL (*á Nicasio*). Bien.—¿Se vá? (*á don Hernando*.
*Nicasio váse por la segunda puerta de la
derecha*).

ESCENA VII.

DON MIGUEL — DON HERNANDO — EL CAPELLÁN
(en la ventana).

- D. HERNANDO (*tendiendo la mano á don Miguel*).
Sí, señor.
- D. MIGUEL (*le estrecha la mano y la retiene en la suya*).
No se despida
todavía, Comandante.
No se deja así á un amigo;
hoy almuerza usted conmigo.—
Son las diez; tiene bastante
tiempo aún.
- D. HERNANDO (*vacilando*). Por complacer
á usted... por mí, le aseguro...
- D. MIGUEL No ha de ser tanto el apuro
que usted no pueda volver.
Yo almuerzo aquí á medio día.—
Vaya, dispóngalo todo,
y despues...
- D. HERNANDO Sí, de ese modo...

- D. MIGUEL Tres horas más de estadia,
¿qué són? nada.
- D. HERNANDO (*echando sus cuentas*).
De las diez
á la una...
- D. MIGUEL Así hablaremos
largo de España, y haremos
proyectos para otra vez.
- D. HERNANDO Pues, don Miguel, en conciencia,
no hay razón...—Padre, ¿qué dice?
- CAPELLÁN Digo amén.
- D. MIGUEL Oh! ya le hice
prometer.
- D. HERNANDO Sin mi licencia!
Y ván dos!—Mi caro amigo, (*amenazando
risueño al Capellán*).
de esta vez... Basta con una.—
Don Miguel, el padre ayuna;
le traeré como testigo. (*se dirige á la derecha
para marcharse. Don Miguel le acompaña*).
- D. MIGUEL Le tengo que presentar
un hijo mío, señor
Comandante.
- D. HERNANDO A mucho honor
lo tendré.
- D. MIGUEL Le gusta el mar,
como á usted: es vocación.
- D. HERNANDO Sí? pues hacerle marino;
es el mas noble destino:
el mozo tiene razón. (*Salen hablando por la
segunda puerta de la derecha; el Capellán de-
saparece por el mismo lado*).

ESCENA VIII.

ANTONIO — luego Doña CÁRMEN.

(*Antonio sale por la primera puerta de la derecha, marchando lentamente y con los ojos fijos en el suelo. Se aproxima á la ventana, y despues de observar por allí un instante al exterior, vuelve al centro de la escena, se deja caer en una silla, hunde la cabeza entre las manos y se pone á cavilar. Doña Cármen, vestida de luto, sale un instante despues por la misma puerta que él, y avanza con timidez, buscando en derredor*).

D^a CÁRMEN Señor...

ANTONIO (*se pone de pié con sobresalto*).

Quién?—Ah! usted era...

D^a CÁRMEN Ya lo vé: venia en busca de tu padre. (*se aproxima á él observándole con fijeza. Antonio retrocede con disgusto*).

ANTONIO No está aquí.—

Creo que ha ido... sin duda esos señores que acaban de salir...

D^a CÁRMEN (*con resolución*).

Antonio, escucha: se trata de tí.

ANTONIO De mí?

D^a CÁRMEN Y de mi hija... ¿Te figuras que no sé nada?

ANTONIO (*frunciendo el ceño*) ¿Y qué quiere decirme con eso?

D^a CÁRMEN (*con amargura*). Muchas decepciones he sufrido en esta vida... (*Antonio se aparta de ella con aspereza*). No huyas

que mí... Soy madre; qué quieres que haga, en medio de mi angustia, sinó llorar y quejarme á tí, que tienes la culpa!—

Mi hija infeliz... mi Genaro...

Oh, Dios mio! nunca, nunca, pude creer que me hicieras tanto mal! (*se echa á llorar*).

ANTONIO Á usted la ofusca

la pasión.

D^a CÁRMEN ¡Así me pagas, ingrato, con amarguras y lágrimas, el cariño que te dí!

ANTONIO ¿Por qué me inculpa sin saber? Usted no sabe...

D^a CÁRMEN Sí lo sé!—Nada se oculta á una madre, y mi hija todo me lo ha confesado.

ANTONIO (*impaciente*). En suma, ¿qué quiere usted?

D^a CÁRMEN (*con exaltación*). Lo que quiero, Antonio! Y me lo preguntas! Tú, ingrato!—Tú, que me has hecho la mayor de las injurias, á mí, á la mujer que ha sido

casi como madre tuya!
Tú, por quien está tirado
mi hijo en una sepultura
sin bendición!—Lo que quiero
es salvarla...—No destruyas
mi última esperanza: dame
al ménos...

ANTONIO (*volviéndole la espalda*).

Paciencia, y mucha,
se necesita.

D^a CÁRMEN (*amargamente*) Ya veo
que es inútil... que es locura
esperar...—Ni todo el llanto
de mis ojos, ni mis súplicas,
te podrían conmovér;
pero si tú no me escuchas,
me oirá tu padre, y tu padre
me hará justicia.— Soy viuda.
sola, pobre, sin defensa;
pero una madre que lucha
por sus hijos, puede todo.

ANTONIO Señora, á mí no me asusta
mi padre.

D^a CÁRMEN Sí, don Miguel
me ha de oír. (*aparece don Miguel en la se-
gunda puerta de la derecha, y se detiene á escu-
char*). Sí; y aunque sufra
como padre, cuando sepa
la maldad de tu conducta,
ya verás si nos protege,
y verás cómo te juzga.

ESCENA IX.

ANTONIO — DOÑA CÁRMEN — DON MIGUEL.

D. MIGUEL (*avanzando*).

Dice usted bien, doña Carmen.

D^a CÁRMEN Señor...

ANTONIO Padre... (*turbado*).

D. MIGUEL Por ventura
hay alguien que dude aquí
de la justicia? Esa duda,
por Dios, que merecería
la pena de la calumnia.

- D^a CÁRMEN Yo, señor, yo no he dudado...
Soy una madre que acusa
al seductor de su hija,
que tiene de parte suya
la humildad de mi pobreza
y el poder de su fortuna;
¿y á quién volveré mis ojos,
pidiendo amparo y ayuda,
sinó á usted, que es justo y bueno?—
¡Es una cosa tan justa!
- D. MIGUEL (*con calma y observando á su hijo*).
Y el seductor, ¿es Antonio?
- ANTONIO Padre! (*con altanero reproche*).
- D. MIGUEL Quiero, franca y pura,
la verdad: ¿es él?
- ANTONIO Señor!
- D. MIGUEL (*con imperio*).
Cállate!—Si nada turba
tu conciencia, ¿que te importa
lo que diga?—Ante la augusta
magestad de la justicia,
sólo razona la culpa;
la inocencia no razona:
la inocencia brilla y triunfa.
- D^a CÁRMEN Señor, él me la ha perdido!
Que le pague, que le cumpla
su promesa... y nos iremos
á un rincón, á llorar juntas
y á morir...
- D. MIGUEL Basta, señora.—
Vaya tranquila y segura
de mí, que le haré justicia,
cueste lo que cueste.—Nunca
falté á mi deber, y tengo
por el rey y por mi cuna
un puesto de honor que obliga
á los jueces que lo ocupan.—
Si mi hijo debe ante Dios
honra y amparo á la suya,
mi hijo pagará su deuda,
como hay sol que nos alumbra.
- D^a CÁRMEN Gracia, señor. (*váse por la derecha, primera
puerta*).

ESCENA X.

DON MIGUEL — ANTONIO.

D. MIGUEL (*se aproxima á su hijo con solemnidad*).

Ya has oido;
 solos estamos ahora;
 esa mujer que me implora
 ¿dice verdad ó ha mentido?
 Si es delirio de su mente,
 si su dolor la extravía,
 yo mismo, á la luz del día,
 te proclamaré inocente.—
 Pero si fuera verdad...
 eres mi hijo: haz tu deber;
 quien deshonra á una mujer
 insulta á la sociedad.

(*Una pausa: Antonio reflexiona*).

ANTONIO Padre, lo que yo deploro
 es que usted le dé importancia
 á una cosa, que en sustancia
 nada vale.

D. MIGUEL ¿Y tu decoro?
 ¿Y mi nombre, Antonio? ¿Nada
 vale para tí en la vida,
 andar con la frente erguida,
 por que es una frente honrada?

ANTONIO En ellos es un capricho,
 ó es interés... qué sé yó!
 Ya el hermano me acusó...

D. MIGUEL Y al hermano, qué le has dicho?

ANTONIO Lo mismo que á usted le digo:
 que prueben la seducción.—
 ¡Pues no es poca pretensión
 querer casarla conmigo!
 Será buena y hacendosa,
 tan buena como se quiera;
 pero por eso cualquiera
 la ha de tomar por esposa?

D. MIGUEL Y si prueban?

ANTONIO ¿Qué podrán
 probar? algun galanteo
 imprudente... un devaneo
 de esos que luego se ván.
 Pero un requiebro no obliga,
 ni una palabra galante
 hace de un hombre un amante,
 por mas que el labio la diga.

D. MIGUEL Y si prueban?

ANTONIO (*turbado ya*). No, señor.

D. MIGUEL (*estallando*).

¿Y si estuvieras mintiendo?

ANTONIO Yo, padre..!

D. MIGUEL Te estoy oyendo
con tristeza y con rubor!

ANTONIO Es que...

D. MIGUEL No prosigas: harta
paciencia he tenido ya... (*vd al escritorio y
saca de uno de los cajones una carta arrugada,
con la cual vuelve al lado de su hijo*).

Tengo la prueba: aquí está...

¿no conoces esta carta?

ANTONIO (*despues de mirarla*).

No es mía.

D. MIGUEL No es tuya?—Sí;
no la has escrito, no tiene
tu firma; pero ¿á quién viene
dirijida sinó á tí?

El que te escribe no miente:

es un éco de tí mismo...

¡Tuvieras menos cinismo,

y bajarías la frente!

ANTONIO Yo solamente respondo
de lo mio; de lo ageno...

D. MIGUEL Y lo dices tan sereno!
muy hondo es el mal, muy hondo!

ANTONIO Tampoco la nombra...

D. MIGUEL (*exasperado*). Cómo!
si es á Rita á quién infama!

si está claro! si la llama

«la hermana del mayordomo!» (*se pone á leer
nerviosamente*).

«Mi querido Antonio: No me sorprende
«lo que me cuentas de tus amores con la
«hermana del mayordomo. Ha sucedido lo
«que tenía que suceder. Ya el año pasado
«te lo previne, y tu larga permanencia en
«el campo, aún despues de curado de tu en-
«fermedad, me ha hecho comprender hace
«tiempo que mis pronósticos se han reali-
«zados.—Ahora, ¿qué puedo aconsejarte? Cá-
«sala con algun paisano. Tienes fortuna, y
«no será difícil.—Pero hazlo pronto, antes
«que el hijo que viene te descubra».

Ya lo véis: en vano escondes

la verdad. (*guarda la carta*).

- ANTONIO (con rabia). ¿Quién se la ha dado?
- D. MIGUEL Te acusan, desventurado, y es así cómo respondes!— Siquiera humilde y conrito pidieras perdón! siquiera hicieras noble y sincera confesión de tu delito! Al menos recobraría á mi hijo...—Pasma y aterra tu frialdad...—¡No hay en la tierra desdicha como la mía! (con mucho sentimiento). Habla; dime de una vez algo en tu defensa; inventa, engáñame... pero cuenta que soy tu padre y tu juez. Y si la ley no castiga, yo...—No calles, que esto acabe...
- ANTONIO Pues, si ya todo lo sabe, ¿qué mas quiere que le diga? (pausa: don Miguel espera con ansiedad). Fué, señor, un extravío de jóven. Si tengo culpa, mi juventud me disculpa...
- D. MIGUEL (con ternura y gozo). Qué bién me haces, hijo mio! Así, leal y sincero, quiero oírte.—Al fin, no es crimen; esas faltas se redimen, y el amor es traicionero. La juventud vive toda de arrebatos... y el honor las traiciones del amor las remedia con la boda. ¿No es verdad que tú lo harás? Es tu deber... Rita es buena... Y tu hijo, ¿no te dá pena?...
- ANTONIO (resuelto). Yó! yó casarme! jamás.
- D. MIGUEL (primero con desaliento; luego con imperio). ¿Y tu hijo, Antonio?—Te digo que te casarás.—Lo quiero, lo mando!
- ANTONIO Padre, primero morir.
- D. MIGUEL ¿Y si yo te obligo?
- ANTONIO Será inútil pretender tal cosa.

D. MIGUEL (*con mucha energía*).

Oye bien Antonio:

ó se hace este matrimonio
y cumples con tu deber,
ó me olvido de que soy
tu padre...—Por tí, por tu hijo,
por mi mismo te lo exijo.
Y ha de ser! y ha de ser hoy!

ANTONIO Padre, no puedo.

D. MIGUEL (*violentamente*). ¿Y por qué?
¿hay algo que te lo impida?

ANTONIO Hay cosas en esta vida...

D. MIGUEL ¿Es por Rita?

ANTONIO Yo... yo sé...

D. MIGUEL Vamos, habla: te concedo
que puedas tener motivo...

ANTONIO Hay abismos...

D. MIGUEL Por Dios vivo,
dilo de una vez!

ANTONIO (*con esfuerzo*). No puedo. (*otra pausa*).

D. MIGUEL (*desesperado*).

¿No sabes que estás perdido
si me niegas obediencia?
¿no sabes que en mi conciencia
tengo un secreto escondido?—
Puede costarte muy caro!...

Esta carta no está sola: (*se inclina hácia él y
le dice bajando la voz y acentuando las palabras*)
la guardo con la pistola
con que mataste á Genaro.

ANTONIO (*aterrado: se siente desfallecer y busca el res-
paldo de una silla para apoyarse*).
Padre... yo...

D. MIGUEL Muerte sin duelo,
sin lucha, torpe, inhumana:
yo estaba en esa ventana
como un testigo del cielo.—
Genaro te suplicaba...
luego, al fin, te amenazó...
le dijiste... ¡qué sé yó!
de las armas que llevaba.
Por toda contestación,
tiró el arma... tú la alzaste...
¡y con ella le mataste!..

ANTONIO (*balbuceando*).

Fué... de frente...

D. MIGUEL Fué á traición.—

(*Antonio se deja caer en la silla muy abatido*).

En vano fuiste buscando
la sombra por más segura;
en vano á la noche oscura
confiaste el crimen nefando:
sobre la escena sombría,
sobre tu frente culpable,
el relámpago implacable
las tinieblas encendía.

ANTONIO Padre, ¿qué exige de mí?
¿Cómo me puedo casar
con ella?

D. MIGUEL Es que hay que pagar!
Si no pagas, ¡ay de tí!
Sé que es muy duro y muy cruel
enlazarla á tu destino;
pero no hay otro camino
ni hay justicia fuera de él.
Tu maldad la ha condenado
á sufrir la vida entera...
¡pues devuélvele siquiera
la honra que le has quitado!—
No le queda otro consuelo
á la infeliz...—Así dás
nombre á tu hijo... y algo más:
pagas tu crimen al cielo.
No es el dolor de un momento
la pena del homicida:
es llevar toda la vida
atada al remordimiento.

ANTONIO (*con ira y desesperación*).
Haga de mí lo que quiera!

D. MIGUEL Al fin!—Al fin te has doblado,
hijo cruel, hijo malvado...
Ay! si tu madre te viera!—
Pobre Rita!—Voy allá,
á infundirle aliento y calma...—
¡Que Dios te toque en el alma! (*váse por la
derecha, primer término*).

ESCENA XI.

ANTONIO.

(*Se pone de pié muy agitado, y mientras habla, se vá retirando paso á paso hácia el fondo*).

Es mi padre... y callará.—
 Aquella noche terrible...—
 Hecho está!—Pero él me ha oído,
 me ha visto; y otro ha podido
 también... ¿cuál otro? imposible!..—
 Mi padre es capaz... sí... ¿quién
 me responde que no iría?..—
 Nó... nunca!—Se guardaría...
 se guardaría muy bien...—
 ¿Por qué me ultrajó?.. (*se queda inmóvil, ca-
 vilando siempre*).

ESCENA XII.

ANTONIO — DON MIGUEL — RITA.

- D. MIGUEL (*por la derecha, primer término; trae á Rita tomada de la mano*). Aquí está;
 se arrepiente, y vuelve á ti.
- RITA (*observando á Antonio con inquietud*).
 ¿Qué tiene? ¿por qué está así?
- D. MIGUEL Temor... vergüenza será.
- RITA Temor? (*Antonio levanta la cabeza y los mira, sin poder apartar de su pensamiento la idea fija que le domina*).
- D. MIGUEL De haberte ofendido:
 ¿no es muy justo que lo sienta?—
 Debes tenérselo en cuenta.
- RITA (*aproximándose á Antonio con timidez*).
 ¿Qué tienes? ¿por qué te has ido?
- ANTONIO (*con frialdad*).
 Yo! nada.—Ya está arreglado
 todo: mi padre consiente.
- RITA Lo dices tan friamente...
 Antonio, ¿estás enojado?
- ANTONIO Nó... no lo estoy.
- D. MIGUEL (*interviniendo*). Yo no veo
 la razón... bueno sería!
 Vaya, abrázale, hija mía,
 por piedad... parece un reo! (*sonriendo, pero
 con mucha intención y acentuando las palabras*).
- ANTONIO Padre... (*muy turbado*).

RITA Si mucho sufrí,
 Antonio, mucho es el bien
 que me haces.—No temas, vén:
 soy la misma para tí.
 Ni siquiera mi perdón
 necesitas, porque nada
 de la amargura pasada
 me queda en el corazón. *(le tiende los brazos
 con cariño. Antonio vacila, pero don Miguel le
 arroja en ellos empujándole con rudeza).*

D. MIGUEL Cobarde! le tienes miedo?

ESCENA XIII.

ANTONIO — DON MIGUEL — RITA -- FIDEL.

FIDEL *(desde la segunda puerta de la derecha).*
 Patrón, le mandan decir
 que ya vienen.—Si va á ir...

D. MIGUEL Díles que ya voy... *(Váse Fidel por donde
 vino, despues de dirigir á Antonio una mirada
 de rencor).*

ANTONIO *(se aparta bruscamente de Rita).*
 (No puedo!)

RITA (No me quiere!) *(consternada: ambos se quedan
 inmóviles y abstraídos. Doña Cármen sale por
 la primera puerta de la derecha).*

ESCENA XIV.

ANTONIO — DON MIGUEL — RITA — DOÑA CÁRMEN.

D^a CÁRMEN *(á Rita).* ¿Por qué estás
 así, triste y abatida?

RITA Madre, una ilusión perdida
 no se recobra jamás.

D^a CÁRMEN ¿Qué dices?—Señor, ¿Antonio (*volviéndose á don Miguel*).
se niega?

D. MIGUEL Mi hijo ha faltado,
señora, pero es honrado;
haremos el matrimonio.

D^a CÁRMEN (*alzando los ojos al cielo*).
Lo que Genaro quería!
Pobre mi hijo, si él lo viera!
Fué la súplica postrera
y el clamor de su agonía... (*se enjuga los ojos con dolorosa resignación. Don Miguel observa á todos, uno á uno, con profunda tristeza. De pronto se oye á la derecha, dentro, un toque lejano de tambores, que va aproximándose poco á poco*).

ANTONIO (*escuchando inquieto*).
Será tropa?—Esos tambores
en medio de estos desiertos...

D. MIGUEL (*con solemnidad*)
Justo es que tengan los muertos
también justicia y honores.—
Pobre madre! usted, que siente
ánimas de llorar salvado,
á ese hijo que ha llorado
suicida é impenitente;
no desmaye en su esperanza,
y ruegue á Dios con fé ciega,
que á donde ninguno llega
el amor de madre alcanza.
La cruz viene á darle amparo:
Dios es muy grande, señora...
A rezar todos ahora
por el alma de Genaro!

D^a CÁRMEN (*con voz ahogado por el llanto*).
Hijo mio!

D. MIGUEL Todos!—Quiero
uniros para rogar...
De rodillas! á rezar!—
De rodillas!—Tú el primero! (*Las dos mujeres se arrodillan humildemente y rezan con fervor. Antonio quiere rebelarse, pero don Miguel se lanza sobre él y le obliga á ponerse también de rodillas. La procesión empieza á pasar por el fondo, de la derecha á la izquierda, á través de la ventana. Al frente vá el Capellán recitando sus oraciones; detrás de él sigue Nicasio llevando la cruz; luego, un grupo*

de peones, y por último los marineros. Todos marchan lentamente al son de los tambores. Don Miguel contempla un instante el grupo que está en la escena, y luego vñse con rapidez por la segunda puerta de la derecha).



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo.

ESCENA I.

DON MIGUEL — DON HERNANDO.

(Salen por la izquierda).

D. HERNANDO Señor don Miguel, ahora estamos del otro lado; he cumplido con usted en buena ley, y me marchó. Ya tienen la bendición de la iglesia los muchachos, como usted dispuso, y quedan casados, y bién casados, que mi Capellán no es hombre de echar latines en vago.

D. MIGUEL Cuánto le agradezco á usted, señor Comandante, y cuánto le debo!

D. HERNANDO Quien tiene aquí que agradecer, y no hablo por hablar, soy yo.—Qué almuerzo tan español nos ha dado! Esto se llama comer, y comer bién...—Pero, ¿cuándo suelta á los novios el padre Capellán? (*volviéndose de pronto á la izquierda*). Se les ha echado encima, á lo que parece, con un sermón de tres palos.

- D. MIGUEL Bién lo necesitan ellos,
déjele usted; y entre tanto,
discúlpeme si le pido
otra vez...
- D. HERNANDO Pierda cuidado;
basta que sea hijo suyo,
don Miguel.
- D. MIGUEL Por qué negarlo?
me cuesta, porque le quiero,
y soy viejo, y de mi lado
no se ha separado nunca...
Pero, en fin, es necesario.
- D. HERNANDO No sé qué le diga; pero
si me encontrara en su caso...—
Muy bién está que le imponga
el casamiento, de grado
ó por fuerza,—y no parece
muy contento que digamos.—
Porque en esto, don Miguel,
estoy con usted, y alabo
su rigidez, que en la vida
lo primero es ser honrado.
Pero ya que tiene el mal
su remedio, ¿por qué tanto
rigor, si le ha obedecido
el mozo?
- D. MIGUEL Yo, don Hernando (*con entereza*),
ya lo he dicho á usted, estoy,
por mi nombre, por el cargo
que desempeño en la Audiencia,
y por ser mi hijo, obligado
á castigarle de modo,
que no me tachen de blando
con los míos, y severo
tan sólo con los estraños.
Ha profanado la casa
de su padre, y al amparo
de su puesto en ella, ha hecho
de todo burla y escarnio.
No le puedo perdonar
ni la culpa, ni el agravio;
y aunque sufra, y aunque tenga
que llorarle desterrado,
se irá, porque debe irse,
y porque yo se lo mando.
¡Poco importa que se lleve
mi corazón en pedazos!
- D. HERNANDO Don Miguel, usted dispone:

- RITA Señor... *(le tiende la mano con timidez y sin mirarle)*.
- D. HERNANDO Y ha de ser marino,
y se ha de llamar Hernando. *(se aproxima á don Miguel, que está pensativo contemplando á su hijo)*.
A usted, no le digo nada:
apriete fuerte esta mano,
que el corazón está en ella.
- D. MIGUEL *(le toma la mano y la retiene entre la suya: en voz baja y con emoción)*.
Señor... le entrego confiado
mi hijo...
- D. HERNANDO Deseche temores; *(bajo también)*.
vá seguro, y más que ingrato
sería... *(alzando la voz)*.
 Usted es mi amigo,
don Miguel, y antes que echarlo
en olvido, por quien soy,
pasaría junto á un barco
inglés, sin poner al tope
mi bandera á cañonazos. — *(se estrechan la mano con efusión)*.
Ea, padre, rompa usted
la marcha, que si no arranco
de una vez...
- CAPELLÁN Que Dios bendiga
esta casa!
- D^a CÁRMEN (Gracias!
- RITA)
- D. HERNANDO *(al Capellán)*. Vamos. —
Adios todos. *(se dirige con el Capellán á la segunda puerta de la derecha. Don Miguel les sigue)*.
- D^a CÁRMEN *(entristecida por el recuerdo)*.
 (Pobre mi hijo!
sólo él...) *(Váse por la primera puerta de la derecha, enjugándose los ojos)*.
- D. MIGUEL Yo le acompaño. *(á don Hernando)*.
Vánse los tres por la segunda puerta de la derecha. Antonio y Rita quedan solos).

ESCENA III.

RITA — ANTONIO.

RITA *(se aproxima á Antonio, que se mantiene á la izquierda inmóvil y ensimismado).*

De tí no se han despedido:

¿por qué?— *(observándole).*

¿Sufres? ¿tienes algo?

ANTONIO *Nó, nada tengo.*

RITA *(tristemente).* Y entonces, Antonio, ¿por qué este cambio? No hace mucho, me parece que fué ayer, con qué arrebatos de pasión, con qué alegría te acercabas á mi lado!

Hoy ni me miras siquiera, y si lo haces, es pensando en otra cosa...—¿Qué tienes con tu Rita? ¿qué ha pasado entre los dos, qué te he hecho para que me aflijas tanto?

ANTONIO *Tú... nada.—Son aprensiones.*

RITA *Ahora estamos casados; ya soy tuya para siempre; nada puede separarnos sinó la muerte.*

ANTONIO *Es verdad...*

la muerte! (con amargura).

RITA *Mi bién, ¿acaso*

lo sientes?

ANTONIO *Nó... no hay motivo.*

RITA *Dios mío! con qué desgano lo dices!—¿Ya no me quieres, Antonio? (aproximándose aún mas).*

ANTONIO *(bruscamente).*

Déjame! (la rechaza).

RITA *Ingrato!*

Te parece poco aún todo el dolor, todo el llanto que me cuestas!—Mira, Antonio, si estás triste por el lazo que nos une, mátame; pero, por lo mas sagrado que haya para tí en el mundo, no me rechaces...—No valgo nada, ya lo sé... tú puedes

- aspirar á bién mas alto...
 pero yo... yo te he querido
 con el alma, y te he ganado
 con mis lágrimas.—Si hoy eres
 mi esposo, si al fin me llamo
 tu mujer, ese derecho
 he sabido conquistarlo,
 y no vale más tu nombre
 que el corazón que te he dado.
- ANTONIO En vano te empeñas, Rita,
 contra lo imposible... en vano.—
 Siento que hay entre los dos
 un algo terrible, un algo
 que nos separa... No sé
 ni decirlo ni explicarlo;
 pero existe... y está ahí...
 y por eso te rechazo,
 por eso...—Déjame, Rita.
- RITA (*con mucho desaliento*).
 Dios mío! qué desengaño!
- ANTONIO (*exaltándose*).
 Qué quieres! si no está en mí!
 si no puedo remediarlo!
 Si lo siento, si aunque todo
 me está empujando á tus brazos,
 mi voluntad se subleva,
 ¡y no quiero ni pensarlo!
 ¿Por qué me pides amor?
 Nuestro amor está enterrado,
 y de él quedan solamente
 rencores, para vengarlos.—
 ¿No me ves, no me comprendes?
 No hay cariño, no hay halago
 para mí, que no me ponga
 negra el alma y enconado
 el corazón.—Hay momentos
 en que tengo como amagos
 de locura; en que quisiera
 que se transformara el vano
 fantasma que me persigue,
 en un sér vivo, animado,
 con cuerpo, con carne y sangre,
 para arrancarle á pedazos
 la vida, y calmar así
 la rábía que me está ahogando!
- RITA Antonio, tú estás enfermo;
 de otro modo... Es tan extraño
 lo que dices!.. (*quiere aproximarse*).

- ANTONIO No te acerques;
dájame!—Desesperado
es lo que estoy.
- RITA (*retrocediendo con tristeza*).
Pero entonces...
¿es verdad? ¿es que eres malo?
- ANTONIO Seré lo que quieras; dájame.—
En un día no lejano, (*aparece don Miguel en
la segunda puerta de la derecha*).
talvez pienses de otro modo;
cuando el tiempo haya pasado,
cuando mi padre...

ESCENA IV.

RITA — ANTONIO — DON MIGUEL

- D. MIGUEL (*avanza vivamente*). Tu padre
quiere que os deis un abrazo,
y grande, y estrecho.
- RITA (*muy resentida*). Nó...
nó, señor.—Me ha rechazado,
me ha ofendido... ya es inútil...
no quiero cariños falsos,
arrancados por la fuerza
á quién me los ha negado.—
Yo á nadie pido limosna,
(*con voz ahogada por las lágrimas*).
y aunque me muera llorando,
si quiere cariños míos,
señor, que venga á buscarlos. (*Váse con ra-
pidez por la primera puerta de la derecha*).

ESCENA V.

ANTONIO — DON MIGUEL

- D. MIGUEL (*con tristeza, mirándola alejarse*).
La has ofendido...—Talvez
esto sea lo mejor:
suele ser contra el dolor
fortaleza la altivez.—

Tú... ya sabes: todo está (*con emoción*).
arreglado y convenido...
te vés, hijo.—Arrepentido,
el Señor te ayudará.
Aquí... aquí no podías
vivir... Confórmate, y anda...
la justicia te lo manda:
es un crimen lo que expías.
Es necesario que sientas
tu delito, y que lo llores;
que sufras muchos rigores,
Antonio, y que te arrepientas.
Sólo á ese precio te puedo
perdonar.

ANTONIO Usted conmigo
es muy duro.

D. MIGUEL Es tu castigo;
no hay remedio.

ANTONIO (*alzando la cabeza*) ¿Y si me quedo?

D. MIGUEL He dicho que te has de ir! (*con firmeza*).

no esperes de mí piedad...
Tengo fuerza y voluntad
para obligarte á partir.—
Te vés, te vés en seguida,
Antonio... el mal está hecho;
tú ya no tienes derecho
á un hogar en esta vida.
Tú mismo tu porvenir
con un crimen has cerrado,
y el crimen te ha condenado
á rodar hasta morir.
Es la justicia, es la ley...
Vida por vida te exijo,
y te entrego, por ser mi hijo,
no al verdugo, sinó al rey.
Esto es salvarte y perderte;
pero si te he de llorar,
que sea hundido en el mar
y no por reo de muerte.

ANTONIO Está bien: me iré. (*con sequedad*).

D. MIGUEL Por mí,
un puesto á bordo te han dado:
desde hoy como soldado
servirás al rey allí.

ANTONIO (*con amargo reproche*).
Señor, en mi condición
sufre mucho un marinero.

D. MIGUEL Eso, eso es lo que quiero:
que te ganes el perdón.

Los sufrimientos redimen,
 son rescate y penitencia...
 Más que el dolor de tu ausencia,
 siento el dolor de tu crimen;
 y si algo hay que mi ternura
 pueda esperar todavía,
 es que lo borres un día
 con lágrimas de amargura. *(se aproxima al
 escritorio, abre el mismo cajón de donde tomó
 la carta en el acto anterior, y saca de allí la
 pistola de Genaro).*

Esta arma fué el instrumento
 de tu culpa: te la doy...
 que ella sea desde hoy
 recuerdo y remordimiento. *(le tiende el arma).*

ANTONIO *(retrocediendo instintivamente).*
 Eso...

D. MIGUEL Llévela contigo.
 Ahóra te causa horror,
 mas ya la verás mejor
 al frente del enemigo;
 cuando mires á tu lado
 cómo se inmola y se bate
 en noble y leal combate
 el más humilde soldado;
 y cómo, poniendo el pecho
 á la muerte y á la gloria,
 se dá entero á la victoria
 por la pátria y su derecho.
 Ese hombre, sea quien fuere,
 te hará sentir tu perfidia,
 y con vergüenza y envidia
 querrás morir como él muere.—
 Llévate esa arma infamada,
 el arma de la traición...

ANTONIO *(después de un momento de vacilación).*
 ¡Que vuelva de la expiación
 con tu sangre, pero honrada!

Puesto que al fin ha de ser
 su voluntad la que impere,
 dómela, padre, si quiere...
 usted manda, ¿qué he de hacer? *(toma el
 arma y la guarda en un bolsillo interior).*

D. MIGUEL *(otra vez con emoción).*
 Bien sabes el desconsuelo
 que me dejas... No me des
 al olvido cuando estés
 perdido entre el mar y el cielo;

- y en tus horas de afición,
acuérdate de mi pena,
que el peso de tu condena
lo llevo en mi corazón.
- ANTONIO *(con amargura)*.
Es triste... ¡cómo ha de ser!
Ya no tiene mi existencia
mas misión que la obediencia...
trataré de obedecer.
¿Para qué estar demandando
compasión? Me iré de aquí,
pues que me echan. *(se oye al fondo un toque
de corneta)*.
- D. MIGUEL Es á ti,
ya lo oyes: te están llamando.
- ANTONIO *(se vuelve á don Miguel y le tiende los brazos
con desaliento y resignación)*.
Padre...
- D. MIGUEL *(dominándose)*.
A sufrir tu castigo!
No me abrases, no me nombres
de ese modo... hay que ser hombres.—
La mano... como un amigo. *(le toma la mano
y la estrecha con fuerza entre las suyas; luego
le rechaza)*.
Véte ya, véte: no tardes;
y adiós por si no nos vemos...
Cuanto más lo dilatemos,
hemos de ser más cobardes.
Véte ya, que si desmayas
ahora...
- ANTONIO Usted me castiga *(con tono de reproche)*
con crueldad. *(se dirige á la derecha lenta-
mente y mirando al suelo. Don Miguel, muy
conmovido, vá hácia la izquierda, se vuelve de
pronto, le contempla dolorosamente, y dá un
paso hácia él abriéndole los brazos)*.
- D. MIGUEL Dios te bendiga! *(á media voz)*.
- ANTONIO *(se detiene y se vuelve al oírle)*.
Padre...
- D. MIGUEL *(reaccionando y con violencia)*.
Nada! que te vayas.—
No quiero mas dilación,
ni lástimas, ni pretestos...—
Señor, lo que cuestan estos
pedazos del corazón! *(éntrase con rapidez en
la habitación de la izquierda, sin volver la cara,
y cierra tras sí la puerta. Antonio se detiene
meditabundo)*.

ANTONIO Nó... no quiero... Bien estoy
 en mi casa... ya he cedido
 bastante.... Estoy decidido...
 que me acuse... no me voy! (*váse paso á
 paso por la segunda puerta de la derecha. La
 escena queda sola.*)

ESCENA VI.

FIDEL - - luego RITA.

FIDEL (*asoma por la primera puerta de la derecha y
 observa la escena.*)
 Nó, niña; lo que es aquí,
 no hay nadie; ha de haber salido.
 Quién sabe si no se ha ido
 otra vez!—Como anda así...

RITA (*sale por la misma puerta, y despues de buscar
 en derredor, se sienta con desfallecimiento.*)
 (Dios me dé fuerzas!)

FIDEL (*acercándose solícito.*) ¿Qué tiene,
 niña Rita?

RITA Yo no sé...
 no estoy bien.—Asómate. (*le indica la ven-
 tana.*)

FIDEL A qué, niña?

RITA A ver si viene.

FIDEL (*mirando por la ventana.*)
 No le dije? ya se vá
 otra vez.

RITA (*con pena*) Se vá! (*se levanta.*)

FIDEL No crea
 que le miento; venga y vea...

RITA Para qué? (*con desaliento.*)

FIDEL Nicasio está
 con él; ése no perdona
 para enredar... Dios los cría...

RITA (*Se vá! qué suerte la mía!*
 Huye de mí... me abandona!)

FIDEL (*vuelve al lado de Rita y la observa con cariño.*)
 ¿Por qué llora?

RITA Ya no quiere
 ni vivir donde yo estoy!

- FIDEL Pero, niña, ¿qué tiene hoy?
A ver cómo no se muere!
dájelo.
- RITA No hables así (*con severidad*).
de Antonio, porque no quiero;
el respeto es lo primero,
y estás delante de mí.
- FIDEL Pero, niña, ¿es un delito
decir?
- RITA Fidel, ¿no comprendes
que me hieres y me ofendes?
- FIDEL Nó, niña, por Dios bendito! (*muy aflijido, besando la cruz en los dedos*).
- RITA Parece que no supieras
las cosas que aquí han pasado.
- FIDEL No sé nada.
- RITA Hoy me he casado.
- FIDEL (*con asombro*).
Hoy! usted?.. pero es de veras?
- RITA Sí, Fidel; no hace una hora
se bendijo el matrimonio.
(*Nicasio cruza por el fondo, de derecha á izquierda, detrás de la ventana. Rita le vé y corre á llamarle*).

—

ESCENA VII.

FIDEL — RITA — NICASIO (*en la ventana*).

- RITA Nicasio! escucha.—¿Y Antonio?
¿no estaba contigo ahora?
- NICASIO Ahí vá; creo que á cazar
en el monte, por las señas...
Ha de extrañar las porteñas.
- RITA ¿Tú sabes? (*inquieta*).
- NICASIO Es un pensar.
Segun lo inquieto que está,
y lo mucho que cavila...
don Antonio se aniquila
si lo dejan por acá.
- RITA ¿Te ha dicho algo?
- NICASIO Lo que es él,
nada dice... es más callao!—
¿De ande sale aquel ñublao? (*por el negro*).
ó es tormenta, ó es Fidel. (*váse riendo por la izquierda*).

ESCENA VIII.

RITA — FIDEL.

- FIDEL Ese tiene cada embrolla...
no le haga caso: es un pícaro.
- RITA Y yo, que aún esperaba! (*vuelve triste y ensi-*
mirada á su sitio; se sienta otra vez y se queda
mirando al suelo).
Ya ni siquiera le inspiro
lástima!
- FIDEL Niña, ¿es en broma,
ó es verdad lo que me ha dicho?
- RITA ¿Qué cosa? (*abstraída*).
- FIDEL Que se ha casado.
- RITA Sí, Fidel.
- FIDEL Pero yo digo...
¿con quién podría casarse
aquí?
- RITA Con el que he querido
á costa de muchas lágrimas,
y angustias y sacrificios;
para mirar lo que veo
ahora: que todo ha sido
inútil, que no me tiene
ni compasión ni cariño.
- FIDEL Pero, ¿de quién está hablando,
niña Rita?—Yo he venido
de allá, de la sepultura
del finado, hace un ratito,
y le aseguro...
- RITA ¿De quién
ha de ser? de mi marido;
de Antonio, que es un ingrato.
- FIDEL El niño Antonio! ¿es el niño (*con espanto*).
que usted dice? Si no puede...
no puede ser!
- RITA Te repito
que es verdad; ¿por qué te asustas?
- FIDEL Virgen santa!
- RITA No hay motivo.
Hace tiempo, mucho tiempo
que la suerte nos ha unido...
la suerte... porque el amor...
ya no existe mas que el mío.
- FIDEL Con el niño Antonio!

- RITA Vamos,
ni que fuera algún delito,
ó alguna cosa muy rara...
Juraría que has bebido.
- FIDEL Por esta cruz... ni una gota,
ni una sola. Que el divino
Señor que me está escuchando (*se vuelve al
Cristo*),
me deje mudo ahora mismo,
si le miento.
- RITA Es que aborreces
á Antonio; y por escondido
que lo tengas...
- FIDEL Niña, vea,
hoy le he rezado muchísimo
á don Genaro, y al pié
de la cruz, le he prometido
que no he de callar más tiempo
aunque me desuellen vivo.
El, como usted, niña Rita,
fué bueno para conmigo,
y si guardó los rencores,
no olvido los beneficios.
Yo no la puedo engañar,
cuando vengo de aquel sitio...
Por aquello que más quiera,
por nuestro Señor santísimo,
por su padre, por su hermano,
créame lo que le digo:
deshaga ese casamiento.
(*se levanta con inquietud*).
- RITA Fidel, estás en tu juicio?
- FIDEL Deshágalo; Dios no quiere,
Dios no puede permitirlo.
El niño Antonio es muy malo,
muy malo!
- RITA ¿Qué desatinos
estás diciendo?
- FIDEL (*bajando la voz y con agitación*).
Le juro
que es la verdad. Yo lo he visto
con estos ojos... no fué
don Genaro... le han mentido...
no se mató... lo mataron...
pongo al Señor por testigo...
(*con espanto, oprimiéndose el corazón*).
Señor de misericordia!
¿qué horrible es lo que adivino!

- FIDEL Esa noche no me fui,
niña; me quedé escondido
en el corredor.—Nicasio
no me dejaba tranquilo
en la cocina... allá todos
se divertían conmigo...
Dios me castigó; yo, niña,
desde esa noche no vivo,
no cómo, no duermo... siempre
con el miedo de decirlo
sin querer... (*Antonio sale por la segunda
puerta de la derecha, y avanza lentamente, cru-
zado de brazos y en actitud resuelta: Fidel le vé
de pronto, y retrocede con sobresalto hasta la
primera puerta de la derecha.*)
El niño Antonio!
- RITA Váyase, niña!
(*dejándose caer en la silla con desfallecimiento.*)
(Dios mío!)

ESCENA IX.

RITA - FIDEL - ANTONIO.

- ANTONIO Rita, ¿dónde está mi padre? (*con rudeza.*
*Rita calla. Fidel viene á colocarse detrás de
ella con resolución.*)
- FIDEL El señor...
- ANTONIO (*con ira.*) No hablo contigo.—
Te dura el resentimiento, (*á Rita.*)
según veo. (*Rita sigue guardando silencio.*)
- FIDEL Es que...
- ANTONIO Te he dicho
que te calles, vil esclavo...
guárdate bién.— (*con amenaza.*)
(*á Rita.*) No he venido
á darte satisfacciones,
no creas; no me desdigo
nunca.—Es con él, con mi padre,
que quiero hablar.—Hoy ha habido
una novedad: me ha echado
de casa.—Tengo motivo
para quejarme, ya véis.

- RITA *(se levanta con rapidez, y quiere ir hacia él emocionada; luego retrocede dolorosamente).*
Echarte!
- FIDEL *(bajo y con reproche).*
Niña!
- RITA *(con tristeza).* (Él ha sido!)
- ANTONIO Es tan natural que mande el padre, y se humille el hijo, que estuve á punto de hacer lo que todos; y sumiso y obediente, irme al destierro á rodar como un perdido.— Pero lo he pensado bién, y entre rebelde y proscrito, más quiero ante él ser rebelde que cobarde ante mí mismo. Pues si él tiene voluntad para imponerme á su arbitrio humillaciones, yo tengo voluntad para impedirlo.
- RITA *(con esfuerzo).*
Pero tu padre no puede sin razón... Ese castigo debe tener una causa... Tú tendrás algún delito! *(con intención).*
- ANTONIO *(con rabia).*
Con mucha calma lo tomas!— Ahóra que has conseguido lo que buscabas, no tienes que afijirte, y me lo esplico. Ese amor tan decantado, naturalmente, ha sufrido, al pasar de amante á esposa, un cambio muy repentino. ¿Qué te importa? Mal te puede *(con ironía).* importar ya mi destino: te has casado... y no se juega tu porvenir, sinó el mío.
- RITA Parece que me acusaras... yo no puedo permitirlo. Antonio, ¿ya no te acuerdas? Hace un momento, aquí mismo, te abrí los brazos, y en ellos puse todo mi cariño. «Nuestro amor está enterrado,» me dijiste... y lo he creído.
- ANTONIO Has hecho bién.—Te lo dije, y ahóra te lo repito. *(con dureza).*

- FIDEL Niña, no le tenga miedo; (*bajo*).
háblele como es debido.
- RITA Pues entonces... ¿qué mas quieres?
- ANTONIO (*con exaltación*).
De tí? nada; hasta ridículo
sería.—Amor! si no existe,
si yo nunca te he querido!
- RITA Antonio!
- ANTONIO Nos han casado,
á tí, porque te convino,
y á mí, porque fui un imbécil...
lo tengo bién merecido.
Pude ser feliz con otra
y soy infeliz contigo.
Para remediarlo es tarde.
- RITA Por piedad, Antonio!
- FIDEL (*escitado*). Niño!
- ANTONIO Tú no sabes: tengo aquí, (*el corazón*).
hondo, muy hondo, escondido,
el amor que fué mi sueño
del porvenir... nó un capricho
como el que tú me inspiraste,
que fué amor de los sentidos,
sinó pasión poderosa,
de esas que forman los vínculos
eternos, y hacen temblar
al amago de un desvío,
y atormentan con los celos,
y son gloria y son martirio
de la vida, y nos arrastran
al crimen ó al heroísmo!
Ella me pudo salvar,
ella sola... y la he perdido!
- RITA Por Dios, Antonio! (*se echa á llorar*).
- ANTONIO En mal hora
te cruzaste en mi camino.
Tú eres carne, y ella es alma!
- FIDEL Nó, niño Antonio! (*dá un paso hácia él*).
- RITA Es indigno
lo que dices.
- ANTONIO Es que quiero
que me aborrezcas.
- FIDEL (*furioso*). Nó, niño;
es una maldad.
- ANTONIO ¿Te vuelves
á atrever, negro maldito? (*vá hácia el fondo
y llama*).
Nicasio!—Hace mucho tiempo

que tienes cuentas conmigo...—
 Nicasio!—Y vás á pagármelas,
 y á llevar tu merecido.
(Nicasio atraviesa por el fondo, de izquierda á derecha, detrás de la reja, y viene á la escena por la segunda puerta de la derecha).

 ESCENA X.

RITA — FIDEL — ANTONIO — NICASIO.

NICASIO Señor?
 ANTONIO Dáme tu rebenque.
 NICASIO Vá á salir?
 ANTONIO Lo necesito.— *(toma el rebenque, que le entrega Nicasio, desprendiéndolo del mango de su cuchillo, y se vuelve á Fidel).*
 Insolente! vas á ver;
 te voy á hinchar el hocico.
 FIDEL No se ha de animar. *(resuelto).*
 RITA Fidel,
 véte, por Dios te lo pido.
 FIDEL Nó, niña, nó.
 NICASIO Don Antonio,
 ¿qué vá á hacer?—Piense un poquito,
 porque al fin es un cristiano.
 No le pegue, haga el servicio:
 un pobre negro...
 ANTONIO Tú, calla,
 y déjame.
 NICASIO *(conteniéndose).*
 No he nacido
 para ver pegar á un hombre:
 ¡le daría mi cuchillo! *(váse por la derecha).*

 ESCENA XI.

RITA — FIDEL — ANTONIO.

FIDEL Niño... niño! *(retrocediendo ante Antonio).*
 RITA Compasión
 para él! *(se interpone entre los dos muy asfijada)*

- FIDEL Le vá á pesar. (*con amenaza*).
- ANTONIO Canalla! te he de matar
á azotes...
- RITA Si no hay razón!
- FIDEL Deje, niña, no me pida.
Gracias á Dios tengo boca,
y pobre de él si me toca...
Nadie sabe en esta vida, (*con mucha intención*)
cuando hace algo, si lo vén.
- ANTONIO (*se detiene con inquietud*).
¿Qué has dicho?
- FIDEL (*con la mano en el pecho*).
Aquí, bien guardadas,
tengo cuentas atrasadas,
y muy largas, yo también.
Por usted, niño, aquel día
sin lástima me azotaron:
las marcas que me dejaron
las conservo todavía.
- ANTONIO Perro esclavo!
- FIDEL No me importa;
seré perro, seré esclavo;
pero el perro, cuando es bravo,
y la cadena se corta,
sabe también sublevarse,
y en azotes no repara,
y salta al amo á la cara,
y muerde para vengarse.
(*óyese un segundo toque de corneta*).
Soy esclavo: mi destino
es servir y padecer;
pero usted, vamos á ver,
usted qué es? un asesino!
- ANTONIO (*anonadado: el rebenque se le escapa de las
manos*).
Miserable!
- RITA ¿Lo has oído?
¿por qué mataste á mi hermano?
(*Don Miguel empuja la puerta de la izquierda,
y escucha desde allí. Todos le miran en silencio*).

ESCENA XII.

RITA -- FIDEL -- ANTONIO -- DON MIGUEL.

D. MIGUEL Lllaman? ¿á quién? (*preocupado*).

- ANTONIO (Es en vano:
él también!) (*con profundo desaliento*).
- D. MIGUEL (*con ira, dolor y espanto al ver á su hijo*).
Ah! no te has ido! (*se aproxima á ellos. Fidel se pone de rodillas tembloroso*).
- FIDEL Perdón, señor!
- D. MIGUEL (*observando á todos con inquietud*).
Y por qué?
- FIDEL No lo pude remediar,
señor... la hacia llorar...
y esa muerte yo la sé.
- D. MIGUEL Tú! (*aterrado y con acento de amenaza*).
- RITA Sería una crueldad
indigna de usted y de él, (*señalando á Antonio*).
ensañarse con Fidel
porque ha dicho la verdad. (*se coloca resueltamente delante del esclavo*).
- D. MIGUEL (Dios lo quiere!)
- FIDEL Yo, señor,
ví esa noche á don Genaro... (*queda esperando con ansiedad. Don Miguel, despues de una corta lucha interna, se yergue de pronto*).
- D. MIGUEL Levanta: yo te declaro
libre; no tengas temor.
- FIDEL Libre! (*con júbilo y asombro*).
- D. MIGUEL Levanta; no estés
de rodillas.
- FIDEL (*dudando aún*) ¿Es verdad?
- D. MIGUEL Te he dado la libertad:
no la humilles á mis piés.
(*Fidel se levanta*).
Eres libre, pero advierte
que has de cumplir tu deber:
ante un juez tienes que hacer
la denuncia de esa muerte.
Has visto matar á un hombre...
dilo al juez claro y sin miedo...
El matador... ¡yo no puedo, (*con dolor*).
no quiero saber su nombre!
- FIDEL Señor... (*cortado al observar la consternación de todos*).
- D. MIGUEL Haz lo que te mando.—
Toma un caballo, el mejor
de los míos.
- FIDEL Yo, señor! (*con agitación, que deja ver la lucha que mantiene en su interior*).
- D. MIGUEL La justicia está esperando.

- FIDEL *(fija la mirada en Rita, y con súbito arranque).*
 ¿Y cómo he de ir, patrón,
 cuando me acaba de dar
 la libertad, que es dejar
 esclavo mi corazón?
 ¿No la vé desconsolada
 y llorando?
- RITA Has sido cruel,
 has sido ingrato, Fidel...
 ¡me has hecho muy desgraciada!
- FIDEL Niña Rita... no me diga
 eso... ¡yo, hacerla sufrir!
 ¡yo, que quisiera morir
 por usted!
- D. MIGUEL La ley te obliga
 á declarar.
- RITA Me has herido
 en el alma!
- FIDEL *(desesperado).* Yo... señor...—
 Perdóneme, por amor *(humillándose ante Rita)*
 de Dios, porque le he mentido!
- RITA Tú, Fidel! *(Antonio levanta la cabeza y escucha)*
- D. MIGUEL Tú!
- FIDEL Me ha tentado
 con la venganza el demonio:
 yo aborrezco al niño Antonio...
- RITA Es verdad.
- FIDEL Y me he vengado.
 Mucho he sufrido por él...
 mucho, como nunca espero
 sufrir... pero á usted la quiero.
- RITA Qué malo has sido, Fidel!
- FIDEL Yo malo, niña!.. eso nó...
 le juro...
- RITA Y yo lo he creído!
 pobre Antonio! *(vá hácia él con los brazos
 abiertos).*
- D. MIGUEL *(con arrebató).* Si él no ha sido,
 ¿quién mató á Genaro?
- FIDEL *(bajando la cabeza).* Yó.
- ANTONIO *(aparta bruscamente á Rita, y se adelanta cr-
 guido y altanero).*
 Miente! ahóra es cuando miente!
 ahóra es cuando se venga!
 Por mas maldades que tenga,
 mi orgullo no lo consiente.
- RITA Qué dices? *(con angustia).*
- ANTONIO No ha de ultrajarme

nadie aquí: no lo permito.
 Basto yo: no necesito
 de esclavos para escludarme.
 Soy malo, muy malo! es cierto...—
 el hijo que vive en tí,
 si ha de parecerse á mí,
 vale más que nazca muerto;—
 nada hay yá en mi corazón
 que me levante otra vez;
 pero guardo mi altivez,
 y afronto la situación.
 Que se atreva y me desmienta:
 maté á Genaro... yo fui!

D. MIGUEL

Hijo, por Dios!

ANTONIO

(con la mano en la frente).

Está aquí,

aquí, la mancha sangrienta!

FIDEL

Fuí yo, señor! *(con firmeza).*

ANTONIO

Lo declaro

por la sombra de mi madre...

Tengo un testigo: mi padre; *(con mucha energía).*

él vió matar á Genaro.

D. MIGUEL

Hijo! *(anonadado, en medio de la consternación de todos, luego con dolorosa resignación).*

En el nombre del cielo,

por ella, por nuestro honor,

véte!

RITA

Sálvele, señor!

D. MIGUEL

Dáme este último consuelo!

Véte, Antonio; todavía *(le señala el buque)*

es tiempo... la salvación

está allí... y tu perdón, *(hajando la voz)*

si es que vuelves algun día.

RITA

Sí, véte; yo te lo pido

por él, por tu hijo inocente...

¡que no le caiga en la frente

la sangre que tú has vertido!

ANTONIO

Me voy, sí; ya sé que nada

tengo que esperar; que soy

vergüenza y sombra...—Me voy...

la mancha será borrada.

Es para siempre! quien lleva

mi voluntad, no es cobarde...

adiós. *(dá un paso hácia el fondo. En el mismo momento se oye un cañonazo).*

RITA

¿Qué es eso?

D. MIGUEL

Ya es tarde!

- ANTONIO Padre, es el cañon de leva. (*retrocede con profundo desaliento. El buque español empieza á moverse de derecha á izquierda, hasta desaparecer de la vista*).
- D. MIGUEL Se vá, hija mía, se vá...
Dios no ha querido escucharme.
- ANTONIO (*con agitación febril*).
Si yo no puedo salvarme,
el honor se salvará.
Padre! más de lo que hago
no puedo hacer... Culpa tengo...
maté á Genaro: le vengo...
debo una vida: la pago! (*se lanza con rapidez á la habitación de la izquierda. Cierra la puerta con estrépito, é inmediatamente despues suena un tiro de pistola. La puerta vuelve á abrirse empujada por el peso del cuerpo, y cuando todos corren allí, se encuentran á sus piés el cadáver de Antonio*).
- D. MIGUEL Hijo!
- RITA Mi Antonio! (*se retuerce los brazos delirante: Fidel se precipita á su lado*).
- D. MIGUEL Suicida!
- FIDEL Niña!
- D. MIGUEL Qué me resta ya? (*alza los ojos al cielo desesperado*).

 ESCENA XIII.

RITA — DON MIGUEL — ANTONIO — FIDEL — DOÑA CÁRMEN.

- D^a CÁRMEN (*sale desalada por la primera puerta de la derecha*)
¿Qué pasa?— Jesús! (*espantada ante el cadáver*)
- RITA (*se abraza de ella*). Mamá!
mamá! se lleva mi vida!
- D. MIGUEL Pobre hogar!... solo y sombrío!.. (*se vuelve á las dos mujeres con amargo encono*).
Hijo por hijo, señora!
Ya estáis vengadas... ahora
dejadme llorar al mío! (*apoya la cabeza entre las manos, y llora en silencio delante del cadáver*).

FIN DEL DRAMA.

Julio 10 de 1897.

ERRATAS

En la nómina de los actores, que se halla en la página 2, se han deslizado dos errores. Donde dice *Enrique Cevallos*, debe leerse ERNESTO CEBALLOS; y donde dice *Francisco Falco*, debe leerse EUSEBIO FALCO.
